



Enamorados en París

Tomás Jiménez

Cristina Pardo

ENAMORADOS EN PARÍS

Tomás Jiménez

Cristina Pardo

Título original: Enamorados en París

©2018 Tomás Jiménez – Cristina Pardo

Impreso por CreateSpace

Fotografía cubierta: Pixabay

1ª Edición: Septiembre 2018

ISBN-13: 978–1727603866

ISBN-10: 1727603869

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual

Registrado en Safe Creative

©Copyright

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema informático o transmitido de cualquier forma o por cualquier medio sin previo y expreso permiso del propietario del copyright.

GUÍA DEL LECTOR

Personajes que intervienen en esta obra:

SALAM Y VIOLETA: pareja enamorada, protagonistas principales de la novela.

ALÍ: hermano pequeño de Salam.

CHRISTIAN: guardaespaldas.

NAZIRA: ex de Salam.

SEÑOR PIERRÉ: amigo de la familia Salam.

MAURO: médico.

AITANA Y JULIO: policías italianos.

SILVIA: amiga de Violeta.

ALICE: madre de Salam.

ABDUL: padre de Salam.

ASSAD, MAISSÉ Y LEONARDO: malhechores.

ALIKA: enfermera.

ODONGO Y BAHARI: auxiliares sanitarios.

AHMID: niño soldado.

CATHERINE: informática.

SAÛD Y FRANÇOIS: amantes de Nazira.

ALESSANDRA: mujer de vida alegre.

GIORDANO: fugitivo.

Todos los personajes y situaciones de esta novela son ficticios, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Prólogo

Dejar el pasado y empezar de nuevo tras un engaño amoroso que debía olvidar. Una aventura apasionante le esperaba en un país emergente de gran oportunidad. Su sueño de ser enfermera se cumplía, pero conocer el amor de su vida era lo que el destino le tenía preparado y no debía renunciar a ello.

Tener alicientes y superarse tiene su recompensa y hay que disfrutar el momento sin mirar atrás.

Diferentes pasiones nos arrollan en la novela ya sea amor, trabajo, relaciones, familia o el placer de viajar a un destino de esperanza.

Turismo especial, deseos encontrados y amenazas inesperadas nos envuelven en una trama intrigante de divertimento genial.

Un flechazo será el punto de partida ante un idilio prometedor que fascina de promesa sensual.

Tras lo acontecido con la novela “Pasión en Dubái” la aventura continua en “Enamorados en París”.

Capítulo 1

El príncipe Salam se encontraba pensativo en su despacho, por cuestiones de trabajo debía organizar su próximo viaje a Europa. No dejaba de pensar en Violeta, estaba encantado con ella, sus sentimientos cada vez eran más fuertes. Recordaba cuando la vio en el aeropuerto de Valencia por primera vez, le llamó la atención su sonrisa y transparencia, así como su mirada llena de ilusión. Verla en el hospital de nuevo le sorprendió bastante. Su melena castaña y sus ojos verdes le volvían loco como su cuerpo tan bien definido y lleno de curvas que lo arrastraban a la lujuria pasional.

No podía irse tan tranquilamente sin ella, la necesitaba cada vez más y la quería a su lado en todo momento. Tenía que proponerle viajar con él a París y al mismo tiempo podría

atender sus asuntos personales. La llamaría y le comentaría sus planes.

Violeta descansaba en su sofá mientras leía su novela favorita “El Italiano” donde se narraba una relación amorosa en la costa mediterránea, de repente, sonó su móvil. Era Salam.

–Hola amor. ¿Cómo estás? –le preguntó Violeta.

–Pensando en ti –le contestó–. Estoy organizando un viaje de negocios y quiero que me acompañes, si estás de acuerdo. Necesito tenerte cerca y presentarte a mi familia que reside en París.

Violeta no cabía en sí de gozo con tan maravillosa propuesta.

–Será una semana. ¿Qué te parece?

–Me encanta la idea, pero el trabajo en el hospital no me va a permitir poder acompañarte.

–No te preocupes por ello, lo voy a solucionar rápidamente para que te den un adelanto de tus próximas vacaciones, recuerda que soy un accionista importante en el hospital y puedo manejar el convenio. Entonces todo solucionado, ya me encargo de organizarlo. Solo preocúpate de hacer las maletas. De aquí a dos días nos vamos a París en mi jet privado.

Violeta estaba encantada con la invitación. Iba a conocer París con su amor, no se lo podía creer y conocería a la familia de Salam. Parecía vivir un cuento y estaba entusiasmada.

El día anterior al viaje no pudo descansar de los nervios, pero estaba feliz de acompañar a su príncipe.

Salam y su hermano pequeño Alí esperaban en el aeropuerto, al ver a Violeta se acercaron y la abrazaron muy afectuosamente. Ella estaba muy contenta y el niño con alegría la cogió de la mano.

La aeronave era preciosa, en su interior no le faltaba ningún detalle. El viaje fue fabuloso y la mar de entretenido, al cabo de unas horas llegaron a la terminal parisina Charles de Gaulle, un Audi A5 con un chófer les esperaba para trasladarlos a la residencia familiar. Se encontraba en una de las mejores avenidas de París, rodeada de un gran jardín privado de gran hermosura. En la entrada aguardaban la madre de Salam acompañada de su hermana. Alí corrió hacia su madre lleno de entusiasmo, las lágrimas aparecieron en el

bello rostro de la mujer, había pasado el verano con su hermano en Dubái para conocer la cultura de su país. Ahora regresaba para iniciar su etapa escolar.

Salam abrazó a su madre y a su tía, las había echado de menos. Eran el pilar importante en la familia tras el fallecimiento de su padre en un accidente aéreo.

Tras acomodarse en sus respectivas habitaciones después de tomar un pequeño refrigerio y presentar a su invitada decidieron descansar unas horas para reponer fuerzas y poder visitar los atractivos de la ciudad.

Violeta observaba a su príncipe mientras dormía y dibujaba una sonrisa en su rostro de placidez. Conocer a su familia y lo bien que la habían tratado era un plus para su corazón que ya latía de por sí a mayor revolución.

La habitación asignada era un sueño de las mil y una noches con toda su elegancia y esplendor que te hacía disfrutar de su comodidad y placer sensual. El masaje con aceites aromáticos les hizo suspirar.

Una vez arreglados y cómodos se dispusieron a salir para aprovechar las últimas horas de sol en los campos Elíseos.

A la mañana siguiente, una vez que había desayunado con su amada Violeta, llamó al chófer de la familia y se marchó al centro de París. Tenía que tratar unas cuestiones comerciales.

La "Défense" era un barrio moderno de negocios. Una gran explanada de edificios altos con más de 3000 oficinas a lo largo y ancho desde el Louvre pasando por los Campos Elíseos hasta el puente de Neully. Actualmente junto con la city de Londres eran los centros financieros más importantes de Europa.

–Pare, por favor. Me bajo aquí, se puede ir. Ya lo llamaré por teléfono para que venga a recogerme.

–Muy bien señor.

El príncipe saludó a la recepcionista de aquel rascacielos y pulsó el botón del ascensor. Subió a la última planta y abrió con la llave la puerta de su oficina.

Aquel despacho estaba totalmente informatizado. Con un mando a

distancia se encendían las luces, se aclimatava el habitáculo, se abrían los grifos de baño y se bajaban o se subían los estores de las ventanas. Disponía de tecnología punta en domótica que le permitía también con su voz dar órdenes a su ordenador.

Debía conocer de primera mano en qué estado se encontraba su inversión en aquella ciudad y cuántos beneficios había obtenido. Salam era un hombre rico y deseaba rentabilizarlo en otros países. Siempre había sido un emprendedor y de hecho recordaba cuando de un viaje de negocios en España conoció a Violeta en el aeropuerto de Valencia. Hubo un cruce de miradas, una sonrisa, una primera puesta en escena y días más tarde, debido a un incidente, daría pie a que se conocieran en aquel hospital de Dubái.

Después de unas horas, comprobó que todo estaba en orden y que las ganancias se ajustaban a lo que había previsto. Contento por ello y sobre todo pensando en su amor, llamó a través de su celular al chófer y regresó a la residencia familiar.

Christian había llegado también a París. Lo primero que hizo fue buscar un hotel céntrico para pasar la primera noche. Era un hombre con personalidad, escrupuloso, muy metódico en su trabajo y además, corpulento y alto.

Rondando la cincuentena de edad se mantenía en un buen estado físico. Había sido miembro del SAS (grupo militar de operaciones especiales del Reino Unido). Alcanzó el rango de capitán y estuvo en sus filas más de 15 años. Entró en combate y tuvo a su cargo a más de 100 soldados.

Aún recordaba cuando entrenaba junto con sus compañeros en Belice, en plena jungla. Una colonia británica que se independizó en 1981. Situada en Centroamérica limitaba al norte con Méjico y al oeste con Guatemala.

Las llanuras costeras planas y pantanosas densamente forestadas facilitaban los entrenamientos de este grupo de militares. Durante una semana debían realizar unas pruebas sobre el terreno y superarlas.

Dormían a ras de suelo y debían cumplir unos objetivos. Utilizaban fuego real e intervenían en grupos de pelotones debidamente organizados. Christian recordaba con afán esa etapa de su vida, al ser un hombre de recursos anhelaba esos momentos que era cuando más disfrutaba.

Disponían de un uniforme de camuflaje con una mochila, un pequeño

maletín de primeros auxilios y comida. También llevaban una cantimplora con 2 litros de agua y pastillas potabilizadoras.

El armamento lo constituía:

- 1 cuchillo con la hoja dentada de 20 centímetros de largo acabado en punta.

- 1 metralleta M249, ligera, del calibre 5,56 que proporcionaba una mayor fuerza de disparo.

- 1 pistola Sig Sauer P228 con tres cargadores de 13 balas cada uno. Un arma militar que además utilizaban por su potencia otras unidades especiales como Delta Force de EEUU o los Geos de España.

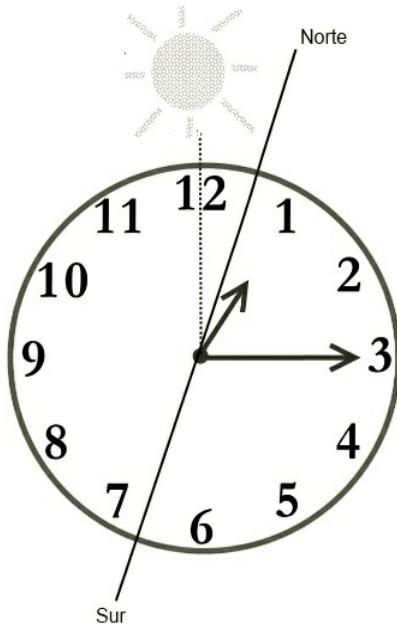
Empleaban el ingenio y luchaban no solo contra sus propios fantasmas y posibles enemigos sino también contra las inclemencias del tiempo y los animales; como la serpiente Nauyaca Real, cuyo veneno era mortal. Medía dos metros y se desplazaba por la noche entre la maleza.

Vencer todos esos miedos y esas vicisitudes le encantaba porque era una manera de superarse a sí mismo.

Se trataba de sobrevivir con el escueto y justo kit de supervivencia; además, se tenía que tener en cuenta otro tipo de cosas. Fundamentalmente porque no podían orientarse a través de mapas, sistemas de navegación por satélite o brújulas.

Durante el día usaban el reloj de pulsera y por la noche se guiaban a través de las estrellas.

Si por el contrario estaban en el hemisferio sur la cifra "12" es la que debía apuntar hacia el Sol y en la bisectriz que formaba con la aguja horaria del reloj (la pequeña) se localizaba el norte.



Zonas templadas del Sur

En cambio, cuando era de noche, en el hemisferio norte; la estrella Polar indicaba siempre el norte y en el hemisferio sur; una vez localizada la "Cruz del Sur", una constelación en forma de rombo, prolongando la longitud hacia el lado derecho se encontraba el sur.

En una de aquellas misiones Christian encabezaba un grupo de tres soldados, las órdenes eran claras, moverse con sigilo y recorrer 100 kilómetros a lo largo de la selva. Les habían dado 4 días. La comunicación entre ellos se realizaba por signos, el silencio era vital en esos casos. Extremaron las precauciones dado que estaban rodeados de animales peligrosos y las trampas se sucedían a lo largo del camino.

En un momento dado se escuchó un ruido, algo frente a ellos había pisado una rama. La luz de la luna reflejaba dos puntos blancos que se iluminaban en la oscuridad. Un depredador acechaba por la zona.

Con una señal indicó a sus subordinados que se agacharan. Muy cerca había un riachuelo y se revolcaron en el lodo, después se quedaron inmóviles.

Un jaguar adulto de 80 kilos se aproximaba con cautela. Atento a todo lo que le rodeaba se acercó al río. Levantó la cabeza como si olisqueara algo que no reconocía.

A escasos metros se encontraba Christian tumbado y envuelto de barro como el resto de sus compañeros. Durante unos momentos dejó de respirar. El animal algo contrariado levantó la cabeza, observó a un lado y a otro. Su instinto le decía que algo no iba bien, pero al no detectar ninguna amenaza continuo su trayecto y se acercó a la orilla de la charca. Bajó la cabeza y se dispuso a beber.

Christian sabía que esa capa de lodo era como una coraza que les mantendría invisibles y el olfato del felino sería incapaz de detectarlos. Simplemente eran como cuerpos inertes carentes de vida. Rocas oscurecidas en el paisaje.

No se iría de ese lugar sin tocar a ese animal. Su atrevimiento le lanzó a acariciarle la cola. Sus compañeros no daban crédito a lo que sus ojos estaban viendo.

El jaguar no se inmutó, pareció no darse cuenta y cuando se sació de beber se metió en el agua y se dio un chapuzón. Empezó a nadar con sus patas,

mientras sacaba por fuera la cabeza observando el entorno. Al cabo de un rato flotando en el agua, sus ojos se quedaron mirando fijamente el lugar donde estaban apostados los soldados. Como una corazonada su cerebro le indicó que era hora de marcharse y en un santiamén salió por el otro lado del río y desapareció en la maleza.

A partir de entonces, aquellos soldados respetaron con más ahínco a su capitán, habían aprendido algo nuevo, una batalla no siempre se ganaba combatiendo, a veces solamente con la astucia era suficiente.

Christian no lo hizo como un gesto de valentía sino como una lección de vida, de supervivencia. De todas maneras no era un insensato, en su mano izquierda portaba el cuchillo de hoja dentada. Siempre había que tener un plan b.

Unos meses después, el reino de Su Majestad redujo gastos y repercutió en el contingente militar. Christian por la edad fue apartado del trabajo de campo y trasladado a un puesto de oficina. Duró poco, porque no iba con su carácter, así que pidió la baja voluntaria en el ejército y se estableció como agente privado de seguridad en una agencia. Con el tiempo la compró y se dedicó a ella de forma independiente. Y a ahí estaba él, nada más y nada menos que en París, la ciudad del amor.

Ya se había familiarizado con la pareja y con el niño, tenía sus fotografías y un dossier completo de ellos.

En esos momentos circulaba con un coche de alquiler, un Seat Ibiza de color blanco, quería pasar desapercibido a los ojos de la gente.

No tenía demasiada información, únicamente sabía que varias personas habían sido contratadas en Dubái para atemorizar al príncipe.

Llevaba dos días en la capital francesa y después de hacerle un seguimiento no había localizado ninguna amenaza.

Salam y Violeta habían descuidado su seguridad al dejar en Dubái a sus guardaespaldas. Uno de ellos se quedó custodiando la casa y los otros dos se fueron de vacaciones porque así lo decidió el príncipe para poder recompensarles por lo sufrido en los dos ataques en los que se vieron envueltos en el emirato árabe.

Evidentemente ignoraban el peligro que les acechaba y para eso estaba Christian, para darles protección.

Christian no iba armado, únicamente portaba escondida una pequeña navaja automática en una de sus botas para casos extremos. Experto en defensa personal utilizaba técnicas de bloqueo, sabía donde golpear para neutralizar al contrincante.

Cogió el teléfono e hizo una llamada. Los utilizaba con tarjeta y en cuanto podía se deshacía de ellos por seguridad. No le duraban más de 3 o 4 días.

–Sí, dígame –contestaron por la otra línea.

–Soy Christian. ¿Te acuerdas de mí?

–Hombre. ¡Cuánto tiempo! ¡Cómo estás!

–Bien, muy bien, con algunos años de más. Estoy en París y quisiera comentarte un tema por si te interesa, te ganarías un dinero. ¿Qué me dices?

Una hora más tarde estaban almorzando en un restaurante. Disfrutaban de la comida francesa mientras charlaban de sus cosas. La conversación que mantenían tenía que ver con lo que llevaba en marcha.

Su amigo era investigador privado así que le pidió colaboración. Muy gustosamente se ofreció. Concretamente le solicitó una vigilancia discreta aunque continua por los alrededores de la casa de la madre de Salam, pues era el lugar donde estaban alojados.

Obviamente Christian pagó la comida y se despidió de él. Ya tenía un enlace por si se complicaban las cosas y al mismo tiempo se centraría en la vigilancia de Salam y Violeta.

Sobre medianoche, un coche oscuro estacionaba a escasos metros de la residencia de la familia del príncipe. Dos hombres lo ocupaban. Uno de ellos con unos prismáticos nocturnos visionaba el portal y los ventanales. El otro tomaba apuntes de lo que observaba a su alrededor.

–¡Assad! ¿Ya has terminado? Tengo hambre. Hoy hemos comido mal, además, estoy cansado. Podemos venir mañana, tampoco tenemos prisa.

–¡Cállate Maissé! Anda que si no fuera por mí. Siempre te estás quejando. Las cosas hay que hacerlas bien. Vamos a sacar una buena tajada y no podemos fallar. Hay que planearlo detenidamente para no dejar ningún cabo suelto. No te das cuenta que cuando nos carguemos al príncipe todo el mundo se nos echará encima.

–Sí, lo sé, pero podemos posponerlo, tenemos una semana entera.

-De eso nada, no hay que apurar hasta el último día, debemos hacerlo a mitad de semana y buscar un lugar apropiado. Seguramente lo haremos cuando estén descuidados paseando por alguna callejuela. Yo me encargaré de él y tú de ella. ¿Está claro?

-Sí, no te preocupes.

-Venga, ya he terminado, pon en marcha el coche que nos vamos.

-Por fin. Ya voy.

El detective escondido detrás de unos árboles presenció los movimientos de estos individuos. Anotó la matrícula, pero no pudo describir a los ocupantes del vehículo debido a la oscuridad. Únicamente apreció que eran altos dado que sus cabezas rozaban casi el interior del techo del coche.

Capítulo 2

Nazira jadeaba en su habitación con uno de sus amantes. Pagaba por el servicio y les exigía ciertas cosas a cambio. A todos ellos les imponía la obligación de tomar Viagra para tenerlos excitados más tiempo. Dándoles dinero obtenía deseos placenteros y se sentía superior a todos ellos.

Ella era la voz cantante y los exprimía de tal manera que hasta que no llegaba al clímax no paraba.

Le gustaba practicar sexo casi a diario porque era una forma de inhibirse y vengarse de los hombres. Ella era la dominadora. Ellos sus sirvientes. Nazira nunca había sido una buena persona y esa fue una de las razones por las que Salam la abandonó. Ella no se lo perdonaría nunca. Desde entonces utilizaba a los hombres como meros juguetes de placer.

Saüd se había mentalizado de lo que le sucedería después, ya había estado en otras ocasiones con Nazira y sabía a lo que se exponía, de hecho lo hacía simple y llanamente por dinero.

Estuvieron practicando sexo durante más de media hora utilizando varias posturas del Kamasutra. Las preferidas de ella eran todas las que tenían que ver con el sometimiento al hombre.

Le indicó que se tumbara boca arriba, ella se colocó de espaldas y se abrió de piernas. Se inclinó hacia abajo hasta coincidir su vagina con el pene erecto de Saüd.

El hombre estaba inmovilizado, dado que ella tenía sus piernas por fuera y lo apretujaba hacia dentro para darle mayor profundidad.

La mujer alcanzó una postura totalmente dominante, conseguía de esa manera que Saüd estuviera totalmente pasivo, a merced de ella.

Nazira controlaba los ritmos de penetración como la velocidad en sus

movimientos y no consintió que él llegara al orgasmo. En varias ocasiones se lo prohibió.

Disfrutaba al ver que era la dominadora y que no se acabaría hasta que ella lo decidiera.

Mientras tanto Saüd quería culminarlo pero ella no se lo permitía y le ocasionaba frustración.

Nazira se reía y disfrutaba sabiendo que le provocaba angustia. Eso era lo que pretendía. Sexo por un lado, pero también sometimiento.

Después de tenerlo más de 15 minutos en esa posición, se levantó y abrió uno de los cajones de la mesita. Sacó unas esposas, le ató las manos a la cabecera de la cama y lo mantuvo en el mismo lugar que estaba.

–Cariño, hoy vamos a hacer algo diferente a lo de otros días y quiero que seas valiente. No quiero lloros ni quejidos. Si aguantas como un campeón te pagaré el doble y si no, te irás sin cobrar. Entendido.

–Claro, tú eres la que pagas –dijo Saüd.

Nazira le colocó una venda para tapanle los ojos y un pañuelo se lo introdujo en la boca para que no pudiera gritar. Cuando se aseguró que no la podía ver, extrajo de un maletín escondido debajo de la cama una fusta de látigo que había comprado unos días antes en un sex shop por internet.

Notaba que de la tensión en el ambiente Saüd se había venido abajo. Eso era lo último que ella deseaba, así que se la acercó con la mano y la masajeó hasta que volvió a tener el mismo ímpetu de antes. Entonces se colocó otra vez encima, pero esta vez de frente y cabalgó un rato mientras ella observaba que Saüd volvía a estar sobreexcitado.

Aprovechando el vaivén, levantó la fusta y al compás del movimiento sexual le lanzó golpes con ella en el pecho. Saüd notaba como algo le escaldaba la piel. Los primeros latigazos no le importaron demasiado, pero a medida que iban sumándose ya no pudo soportarlo.

La mujer al observar su estremecimiento aumento los golpes y su movimiento. Saüd no podía alcanzar el orgasmo porque el dolor era superior a sus fuerzas, en cambio, Nazira estaba consiguiendo lo que había pretendido desde el principio, causarle sufrimiento al mismo tiempo que alcanzaba su clímax particular. Cuando acabó, le pagó lo acordado y lo despidió de su apartamento. El pobre Saüd con el rabo entre las piernas se marchaba

dolorido y amargado. Durante varios días no podría dedicarse al arte amatorio y tendría que recuperarse de sus heridas.

Nazira se dio una ducha, después se puso un short y un top, se preparó un whisky con hielo y se tumbó en el sofá.

No dejaba de recordar al príncipe. No se había merecido aquel desplante. Tenía que haberse casado con ella. Hacía ya unos años que sucedió, pero no se lo quitaba de la cabeza y por eso contrató a los dos sicarios. Era rica, no lo hacía por dinero, simplemente se había obsesionado de una manera enfermiza de Salam.

Capítulo 3

El señor Pierré era un industrial afamado que amasó una gran fortuna en el sector energético.

Durante muchos años fue el representante de una gran compañía en el golfo Pérsico. Se había codeado con Emires, Sultanes y grandes empresarios.

Era un hombre mayor ya jubilado que residía en Bruselas. Durante su vida profesional se había llevado bien con la gente y sobre todo, con los mandatarios.

Tenía un buen recuerdo del padre de Salam, ambos compartieron momentos inmemorables en su juventud.

50 años antes

–Pierré –dijo Abdul– ¡Nos vamos! ¡Eres peor que las mujeres! ¡Te cuesta una barbaridad arreglarte!

–Soy francés, ya me conoces, si quieres ligar con las mujeres ya sabes.

–¡Qué me estás llamando!

–No, solamente te digo que si uno quiere triunfar con las mujeres debes de dar una buena impresión.

Por aquel entonces Pierré y Abdul (padre de Salam) cursaban estudios universitarios en la facultad de Derecho de La Soborna. Una universidad de élite muy antigua cerca de la catedral de Notre Dame de París. Ambos estaban alojados en la residencia de Sant Petré e iban a la fiesta de fin de curso.

La entidad universitaria reservó el pabellón de deportes para la celebración y después de la cena protocolaria como colofón al acto se dispuso un baile de salón.

Todos los asistentes vestidos con sus mejores galas disfrutaban del evento y ellos no iban a ser menos.

Los dos se habían fijado en una chica, se llamaba Alice. Tenía la misma edad que ellos y era también estudiante.

–Alice, ¿cómo estás? –le preguntó Pierré.

–Bien.

–¿No tienes pareja de baile?

–No, pero creo que te ha salido un competidor –dijo ella.

–¡Cómo!

–Hola Alice, ¿quieres bailar?

–¡Abdul! He llegado yo primero –le inquirió Pierré.

–No, la señorita todavía no te ha dicho que sí.

En ese momento la cogió de la mano y se la llevó al centro de la pista.

Los dos chicos le gustaban, pero tenía cierta predilección por Abdul, su tez morena, sus ojos oscuros y su sencillez la conmovían. Por el contrario, Pierré no era feo, pero presumía demasiado y ese detalle a ella la incomodaba.

Esa fue una batalla que perdió con Abdul, pero no hizo más que unirlos en una relación que perduraría a lo largo de los años.

En la actualidad

Pierré cada vez que pensaba en el príncipe le recordaba a su amigo

fallecido unos años antes en un accidente aéreo. Eran como dos gotas de agua, era como el retoño que nunca pudo tener. Durante la adolescencia tuvo la desgracia de contraer una enfermedad que le incapacitaría para poder tener descendencia y para él, Salam era uno más de la familia.

El príncipe era un buen hombre como lo había sido su padre, pero tuvo una mala relación de pareja y le pasaría factura. En Dubái le habían llegado una serie de rumores de Nazira, mujer despechada y rencorosa que había sido novia de Salam. Todo le hacía pensar que buscaba vendetta porque al parecer había contratado a un par de matones para hacerle daño. Intentó indagar más sobre el asunto, pero únicamente consiguió saber que esos dos sicarios estaban camino de la capital francesa.

–Alí, acércate –le decía su madre–. Hoy vamos a ver un monumento que creo que todavía no has visto de cerca. Es la Torre Eiffel.

–¡Qué bien! La verdad es que tenía ganas de visitarla. En Dubái estaba a gusto, pero París me encanta.

–A ver, las dos son magníficas, lo que ocurre es que cada ciudad es de una manera. A ti te tira más París porque has nacido aquí. Dubái es una maravilla, recuerdo que tu padre me llevó hace tiempo y vivimos unos años estupendos. Fue fantástico. Su modernidad, sus costumbres y su entorno paradisíaco. También aquellos paseos en camello por el desierto y esos oasis de noche bajo el cielo estrellado, en fin ...

Allí percibió que su madre se emocionaba con aquellas palabras y unas lágrimas le corrieron el rímel. A pesar de su corta edad no se le escapaba ningún detalle.

–Mamá, mírame, no llores, toma un clínex, límpiate. Yo también le echo de menos.

–Ya lo sé cariño –abrazándolo con tesón–. Tienes los mismos ojos y la misma mirada que tu padre.

El chófer de la familia los condujo en el automóvil a la Torre Eiffel. Bajaron del vehículo y esperarían en el coche a que terminaran con la excursión.

Al tiempo que subían por el ascensor observaron el río Sena y la ciudad

parisina. Que distinto se veían las cosas cuando se apreciaban desde otra perspectiva. Allí ponía los ojos como platos al contemplar tales maravillas.

–Hijo, te voy a contar cosas que seguro que te van a interesar sobre esta torre.

–Sí por favor.

–Este monumento es el más visitado del mundo, alrededor de 7 millones de personas pasan por aquí cada año, tiene una altura de 300 metros y 1600 escalones. Está hecho de hierro y se construyó para conmemorar el primer centenario de la revolución francesa. En los primeros años se usó como antena de comunicaciones del ejército francés. Ahora vas a ver algo que te va a gustar, ¿te das cuenta que se está haciendo de noche?

–Sí.

–Pues fíjate.

En esos momentos París quedó completamente iluminada y la Torre Eiffel como hermana gemela de esa ciudad también lo hizo, un juego de luces embellecía el lugar logrando unos contrastes de colores dignos de admiración. Allí le cogió la mano a su madre y asombrado se entusiasmó.

El móvil de Christian vibraba, al parecer tenía un sms en la bandeja de entrada. Lo tenía siempre en modo silencio. No quería que en un momento dado cuando estaba realizando una vigilancia sonara y lo delatara. Miró el despertador electrónico y marcaba las 7 de la mañana. Apretó el icono de mensajes y vio que era del detective. Le informaba de lo que había acontecido y que todavía seguía en el lugar a la espera de nuevas instrucciones.

Christian echó mano de un amigo en el Departamento de Seguridad Nacional para que le facilitara el nombre del propietario del vehículo a través de la matrícula.

Figuraba a nombre de una empresa de un Fondo de Inversión cuyo domicilio fiscal estaba en Dubái. No se aportaban más datos.

–Curioso, al parecer ya están aquí, no han perdido el tiempo.

Estuvo pensativo un tiempo hasta que decidió llamar al detective y darle las gracias por lo que había averiguado. Le indicó que podía retirarse y

descansar unas horas.

Acabó de desayunar y se dirigió en su coche a la residencia de la madre de Salam. Sabía que todos se alojaban en ese lugar y que en total eran cinco contando al niño.

Esperó a que fueran las 10 de la mañana y decidió presentarse en la casa ya que la amenaza era real y muy cercana, mientras, permaneció en el coche asegurándose que en las proximidades no estuvieran apostados los dos malhechores de la noche anterior. Hizo una inspección andando por la zona y controló los vehículos aparcados.

Examinó el caserón por fuera y le pareció bastante seguro. Prácticamente la única entrada posible era por la puerta principal ya que tanto las ventanas como los balcones estaban a una altura considerable.

Llamó a través del intercomunicador. Se escucharon pasos que se acercaban. Varios ojos lo escudriñaban desde la mirilla.

–¿Quién es? –preguntó una voz.

–Desearía hablar con el príncipe Salam. Soy amigo de la familia aunque no me conocen personalmente. Dígame que me ha contratado el señor Pierré por un asunto de seguridad que le concierne directamente.

–Un momento –le inquirió, sin abrir la puerta.

La tía de Salam fue a buscarlo.

Al cabo de unos minutos bajó al entresuelo de la vivienda, el príncipe desde dentro lo observó también a través del cristal. Seguidamente abrió el portón.

–Sí, dígame.

–Buenos días, me llamo Christian –afirmó, reconociéndolo inmediatamente por las fotografías–, ¿me permite entrar?

–¿No irá armado?

–No.

–Pase pues.

–Entonces, ¿conoce usted al señor Pierré? –dijo Salam.

–Sí, señor. Me dedico a la seguridad. Tengo una empresa que se encarga de esos menesteres.

–Ya, bueno y ...

–Bien, por lo que sé, que no es mucho, alguien de su entorno en Dubái no lo tiene en muy buena estima.

–¿Cómo dice?

–Voy a ser directo si le parece bien.

–Sí, por favor.

–Dos personas esta noche pasada permanecieron vigilándolo desde un coche ahí fuera en la calle. He hecho averiguaciones y ese turismo pertenece a una compañía afincada en Dubái.

–Ya, pero no entiendo lo que me intenta decir.

–Mire, lo mejor que puede hacer ahora mismo es hablar por teléfono con su amigo Pierré. Actualmente vive en Bruselas y dadas las horas que son ya se habrá levantado. Tome mi celular.

Acto seguido le facilitó el número de teléfono y mantuvieron una conversación.

Salam se alegró muchísimo de escuchar al que fue amigo de su padre. Estuvieron más de 15 minutos hablando, el príncipe se reía y estaba muy contento, hacía tiempo que no le veía, después, al cabo de un rato, Salam se puso serio. Christian notó en ese momento que hablaban de Nazira.

Capítulo 4

Silvia era una chica veinteañera, rubia, de estatura mediana con un cuerpo esbelto y poseía unos ojos color miel que le embellecían el rostro. Hacía deporte con regularidad y parte de su tiempo lo dedicaba al gimnasio.

Esa noche tuvo un sueño reparador, había soñado con un hombre muy atractivo que le habían presentado y que comenzaría con él una relación amorosa.

Con los chicos no profundizó demasiado, había enfocado su vida a sus estudios y el amor lo había dejado aparcado en un segundo plano.

Un par de meses antes conoció a Violeta, una paisana suya de España y desde entonces entablaron una buena amistad. Las dos añoraban su país natal. En Dubái, su amiga Violeta había conocido a un príncipe y al parecer era una persona muy atenta y servicial que la había enamorado ciegamente. Pensaba ella misma si podría tener la misma suerte.

Silvia estaba trabajando en régimen de prácticas en un hotel. Desempeñaba su función en recepción. Era su último curso de carrera y constituía parte de su formación.

Muy inteligente y sobre todo con los idiomas, que se le daban bastante bien, le dieron pie a poder trabajar en ese hotel. Clasificado como 5 estrellas y situado en la zona céntrica de la city figuraba entre los cinco mejores de Dubái.

Silvia poseía el llamado "don de gentes", sabía perfectamente cómo tratar a las personas. El gerente hotelero la veía con muy buenos ojos y cuando terminara los estudios tenía pensado formalizarle un contrato de trabajo.

Lo llevaba muy bien, su función de recepcionista la llenaba por dentro porque podía transmitir lo que a ella le gustaba; hablar en diferentes idiomas

y tramitar servicios al personal.

En más de una ocasión y en el poco tiempo que llevaba trabajando ya había sacado de apuros varias situaciones que comprometían al hotel, por ello, el gerente la tenía en buena estima.

Un día, de madrugada, en mitad de la noche, un cliente norteamericano que estaba alojado con tres chicas en una de las suites más caras se presentó con una botella de champán en la mano. A esas horas Silvia se encontraba sola en recepción.

El descarado extranjero le pidió con el torso desnudo profilácticos de muy malas maneras. Silvia sabía que tenía que actuar con mucha delicadeza dada la persona que era y además, se jugaba mucho en el trabajo.

La tienda del hotel a esas horas estaba cerrada y tampoco podía consultar a ninguno de sus compañeros porque ellos vendrían al cabo de dos horas para efectuarle el relevo en el turno.

Utilizó la perspicacia, cogió de la mano al huésped y lo acompañó al hall, lo sentó en una de las butacas mientras le hablaba y hablaba para convencerlo que no habría inconveniente y que en breve lo resolvería.

Volvió a recepción y mientras el hombre parecía que estaba calmado pensó en cómo adquirir los preservativos.

La ciudad descansaba por las noches y los comercios estaban cerrados, no obstante, se le ocurrió una idea. Llamaría a un antiguo compañero de la universidad que vivía cerca del hotel.

–Sí, dígame.

–Oscar, ¿eres tú?

–Sí, el mismo que viste y calza.

–Soy Silvia, me tienes que hacer un favor, es urgente. Eres mi única salida.

–¿Qué dices? ¿Te pasa algo? ¿Estás bien? Son las 4 de la mañana, me has pillado en lo mejor del sueño. Si te digo en qué estaba soñando.

–Me lo imagino. No hace falta que me lo digas. Mira, ahora en serio, te explico, no es una broma vale, estoy trabajando, el único que me puede ayudar eres tú y te lo agradecería mucho, además, me debes una, tú lo sabes. En la facultad ...

–Bien, no hace falta que me recuerdes los exámenes de estos años, eso es agua pasada. Dime lo que quieres.

–Condomes.

–¿Repíte? Si lo que quieres es una noche de lujuria podemos quedar para mañana, tengo libre y ...

–¡Para camionero! No es eso, ya sé que si por ti fuera estarías siempre dispuesto.

–Explicate, adelante, soy todo oídos ...

–Te lo repito, rebobino, estoy trabajando en el hotel, hoy tengo servicio de noche y hasta dentro de dos o tres horas no me van a hacer el relevo y tengo a un cliente empeñado que quiere preservativos, está todo cerrado por ahí, tú no tendrías alguno y me los acercas en un momento por fa ...

–Pues no sé. Claro, no te atormentes, me caes bien ...

–Entonces sí.

–Que sí mujer, voy para allá.

–Gracias, eres un amor.

–Eso es lo que yo quisiera porque últimamente "no me como un torrao".

Silvia con su desparpajo de siempre supo solventar un problema más de los que diariamente se le presentaban.

Al día siguiente el señor Dakar responsable del área de contratación la llamó a su despacho, quería hablar con ella.

–Buenos días señor.

–Entre, por favor. Un cliente extranjero esta mañana ha abandonado el hotel y nos ha dicho que ha pasado una estancia estupenda. Quería que le dijéramos que había quedado muy complacido al resolverle un contratamiento que tuvo esta noche pasada y yo le transmito su agradecimiento.

–Gracias.

–No, gracias a usted. Mire, hemos visto su ficha personal y la verdad que tiene un buen currículum, pero más importancia le damos al buen hacer diario en el trabajo, no obstante, lo anterior también es relevante. De un tiempo a esta parte hemos observado que hace muy bien sus tareas y debido a ello, se merece un contrato en toda regla con el plus que si acepta, la

ascenderíamos a jefe de departamento. ¿Qué le parece?

–Por supuesto, sería un honor. Lo que ocurre es que todavía me quedan tres meses de clases para finalizar la carrera y me gustaría sacármela cuanto antes.

–No se preocupe, el horario lo haremos flexible y lo adaptaremos a sus estudios.

Silvia le estrechó la mano al gerente del hotel y a partir de entonces formó parte de esa plantilla de trabajadores.

Capítulo 5

Había amanecido con una suave neblina, el ambiente era tosco, se respiraba con dificultad. Los días solían ser intensos y largos por el trabajo. Su empeño en sus quehaceres se imponía a las turbulencias cotidianas.

Voluntario solidario, el doctor Mauro prescindió de un año de su vida para dedicarla a los más necesitados. Uno de los mejores médicos en su especialidad. Decidió en su momento solicitar una excedencia para participar en un proyecto de ayuda con una organización no gubernamental en el África desfavorecida.

Dentro del personal sanitario se consideraba uno más, aunque el resto le brindaba un gran respeto. Su edad se acercaba a la treintena, toda una vida estudiando y todavía se perfeccionaba en su labor médica.

Moreno, con cuerpo atlético y unos ojos azules brillantes le daban un aspecto destacable.

Algún que otro especialista ya se había marchado por lo peligroso que acarrearía trabajar en esas condiciones. Muchos contagios y pocos medios para evitarlos.

La autoridad nacional no disponía de dinero ni de profesionales cualificados, los gobiernos internacionales no consideraban grave el asunto y miraban hacia otro lado. Se tuvo que desatar la epidemia en varios países (Uganda, Congo, Liberia) para empezar a reconsiderarlo.

La falta de alimentos facilitó la ingesta de animales salvajes tóxicos para las personas como el murciélago africano; una especie de un tamaño considerable transmisor de diferentes enfermedades.

Las tradiciones ancestrales y los hábitos de conducta hicieron que se propagase con demasiada rapidez y solo en el momento en que el mundo

civilizado se dio cuenta que peligraba su existencia es cuando se elevaron iniciativas para solucionarlo.

Mauro atendía en el centro de aislamiento médico un posible caso de Ébola. Se trataba de una mujer de 25 años con síntomas de fiebre elevada, vómitos y hemorragias externas.

Una sala estaba preparada para esos menesteres. Se actuaba según el protocolo para esos casos. No podía haber contacto directo con el enfermo, se administraban compresas y medicación para bajar la temperatura corporal. Se proporcionaba suero y antibiótico, pero lamentablemente no existía una vacuna para curarla. Dependía de la evolución y de la repuesta que ofrecía el cuerpo ante esa agresión externa para evitar la muerte.

El lugar se había ubicado como si de un hospital de campaña se tratara. De prisa y corriendo se instaló con lo poco que se tenía. Las ONGS cada vez recibían menos dinero de los países avanzados. La crisis mundial y el auto-proteccionismo tampoco ayudaban demasiado.

África, al igual que el resto del mundo subdesarrollado necesitaba de una ayuda solidaria y gracias a unos pocos se hacía lo que se podía. La miseria desembocaba en hambruna, enfermedades y epidemias y solo gracias a estas organizaciones no lucrativas algunos se salvaban.

Mauro, como médico altruista todo le había salido bien en la vida y se sentía en deuda, por eso ahora dedicaba su cuerpo y alma a los más desprotegidos. Era un buen doctor y en esa zona perdida del mundo todo el mundo le tenía estima.

Como jefe de equipo asignaba las tareas y supervisaba las necesidades. Llevaba más de un año desempeñando labores médicas en precarias condiciones. Hasta la fecha habían tenido mucha suerte, ningún miembro del personal sanitario había sido contagiado.

La seguridad era muy importante y por ello se tomaban muchas precauciones higiénicas. Utilizaban mucho yodo y alcohol, se usaban guantes y mascarillas mientras se atendían a los pacientes. Toda precaución era poca. En otros hospitales del país se habían producido contagios múltiples.

Se seguía un protocolo muy estricto. Inmediatamente se aislaba al infectado en un compartimento cerrado, como no había una cura específica se le administraba suero y no cabía otra que esperar a que su organismo pudiera

vencer la enfermedad. La fiebre se intentaba también controlar porque era vital también para el desarrollo de los acontecimientos. El Ébola no duraba más de 2 meses en el organismo del individuo, si la persona había sido capaz de vencerla se salvaba y si por el contrario no lo había podido conseguir perecía. Al final unos sobrevivían y otros no.

–¡Alika! –dijo el doctor a la enfermera.

Una mujer de raza negra, robusta y muy trabajadora.

–Dígame señor. ¿Le hago falta para algo? En estos momentos me encontraba en el almacén contabilizando el material de urgencia.

–Sí, de eso quería hablar. ¿Puedes acercarte? Quiero hablar contigo en privado.

La mujer temía más tarde o más temprano que esa conversación llegara, de unos días a esa parte faltaban medicinas que no se habían utilizado, al parecer alguien las había sustraído.

–Creo que sé lo que me va a decir. ¿Tiene que ver con las provisiones médicas?

–Pues sí, entonces, ¿por qué no me lo has contado? Llevo varias mañanas intentando conseguir antibióticos y veo que cada vez escasean más. El mes pasado recibimos una buena remesa, se supone que es para abastecernos para todo lo que queda de año.

–Ya, no le había dicho nada porque me quería asegurar. No deseaba equivocarme, pero ahora estoy segura. Desaparecen porque alguien deliberadamente se las queda.

–¿Quién crees que puede ser? –dijo Mauro.

–Pues solo hay dos candidatos, que son los únicos que poseen la llave. Uno es Odongo y el otro Bahari.

–Vale, pues nada, hazles venir. Educadamente diles que vengan que quiero hablar con ellos. Intenta decirlo por separado. Que no sepan que han sido llamados los dos. Porque me parece que están involucrados tanto uno como otro. Tengo esa corazonada.

–De acuerdo. Sé dónde están.

El médico tenía frente a él a los dos ayudantes sanitarios. Sabía que tenían problemas económicos en casa y que seguramente ese era el motivo de la

apropiación indebida de la penicilina. Los medicamentos escaseaban y valían su precio en oro y el mercado negro los remuneraba bastante bien.

–Os he hecho venir porque echamos en falta algunas medicinas. ¿Vosotros sabéis algo? No hay que decir que dependemos de ellas. Nuestra salud también está en juego. Pasará mucho tiempo hasta que nos remitan más. Si tenéis necesidades decírmelo, yo os puedo ayudar, pero no quiero que sigáis haciéndolo.

Odongo y Bahari agacharon la cabeza, estaban avergonzados, el silencio les delataba. El hambre a veces te hacía realizar acciones impropias. No era intención del doctor condenarlos. Al cabo de un rato confesaron.

La misma tarde el doctor Mauro reunió a todos los colaboradores sanitarios y les planteó la urgencia de que no se podía sustraer ni medicinas ni material médico. Se comprometió a ayudarles personalmente en lo que estuviera en sus manos y también a facilitarles un bono de comida diario para que lo entregaran cada uno en su casa a sus familias.

Una semana después recibió una notificación escrita con el membrete de Dubái del centro hospitalario Al Lansua, donde se le informaba al doctor que su excedencia estaba llegando a término y que debía incorporarse en el menor plazo posible dado que podría perder la plaza que en ese lugar ocupaba.

Capítulo 6

Nazira les había ingresado por anticipado 90.000 dólares americanos transferidos a una cuenta en las islas Caimán, un paraíso fiscal donde se pagaban pocos impuestos y el secreto bancario era infranqueable.

La remuneración era consistente con arreglo al servicio que iban a prestar, siempre y cuando consiguieran que el príncipe recibiera un buen escarmiento. No les había concretado la manera, de forma que cualquier acto que le produjera daño sería bien recibido.

Los hombres contratados eran hermanos, llevaban trabajando toda una vida al margen de la ley, en tres ocasiones ingresaron en prisión por amenazas y agresiones. El mundo de la delincuencia les había guiado en esa ruta por la vida.

Todo fue planeado en Dubái, cuando por un intermediario fueron contratados por esa mujer. Les indicó discreción y les aportó la información que necesitaban.

Ellos ya estaban en París y realizaron ya un primer acercamiento para idear lo que iban a hacer. Lo tenían localizado y estaba acompañado por una joven, por lo que sabían era su novia española y trabajaba en un hospital. Tenían la vía libre porque sus escoltas se habían quedado en Dubái. El trabajo parecía sencillo. Lo que no sabían los vigilantes es que estaban siendo vigilados.

Pierré y el príncipe mantuvieron un diálogo de lo más ameno. Lo que ya no le gustó fue lo que le dijo de Nazira, al parecer un amigo suyo lo escuchó por causalidad en una de tantas fiestas que se celebraban por las noches en Dubái. El asunto era serio, no era una broma, fue un desliz. La mujer había bebido más de lo debido y se le escapó delante de unas personas que le iba a causar una sorpresa muy desagradable a Salam, al parecer lo amenazaba de muerte. Al darse cuenta que había metido la pata intentó disimularlo

cambiando el tema de la conversación.

Pierré le estuvo explicando que al saber que realizaría un viaje contrató a un guardaespaldas para que lo protegiera mientras disfrutaba de su estancia en París y que podía confiar plenamente en esa persona dada su trayectoria profesional. De todas maneras le aconsejó que no descuidara su seguridad.

Salam se despidió y le agradeció a su amigo la deferencia y le dijo que cuando estuviera en Dubái lo aclararía con ella.

Tuvo unas palabras con Christian. El escolta se mantendría en la sombra, aunque atento a cualquier peligro. Violeta en esos momentos bajaba por las escaleras al escuchar ruidos en el rellano de la casa. Salam los presentó y entonces le indicó el motivo de su presencia, después le relató su mala experiencia con Nazira.

–¿Estamos otra vez en peligro? –dijo ella.

–No te preocupes. Está todo controlado. Este señor nos va a ayudar, sabe lo que se lleva entre manos.

–Eso espero, acuérdate lo que nos pasó en el desierto. Nos salvamos por los pelos.

–Bueno, tienes razón, lo pasamos mal pero al final todo salió bien. Lo solventamos.

–Ya, pero ...

–Violeta, mírame, te quiero y no voy a permitir que nadie ni nada nos haga daño. Te lo prometo.

El príncipe buscó en su agenda de teléfonos el número de Nazira y cuando logró encontrarlo no le dio señal, al parecer ya no estaba operativo. Lo primero que haría cuando llegara a Dubái sería encontrarla y aclararlo todo, seguidamente Christian se marchó, aunque estaría pendiente de ellos.

Salam pensó que era una buena idea airear los ánimos un poco y disfrutar de la buena climatología, por lo que llamó a un taxi y se fue con Violeta a uno de los canales del noreste de París.

Ya habían llegado. Un crucero les esperaba por el Sena. Se dejaron llevar por esas aguas mientras contemplaban los mejores museos y monumentos de la ciudad.

El barco quedó amarrado tras el pequeño viaje a pie de la Torre Eiffel. Los

comensales se deleitaban con la cocina tradicional del restaurante Maxim's. Tenían reservada una mesa para comer y gozaban de manera esplendorosa del ambiente que les rodeaba. La embarcación disponía de dos plantas; en la parte superior se celebraban los bailes y en la inferior la gente disfrutaba del arte culinario.

–¿Te gusta? –le preguntó Salam.

–Claro, es todo divino. Parece un sueño. Ha sido una buena idea venir a París. Mira que lo tengo relativamente cerca de España y sin embargo, no se me había ocurrido nunca visitarlo.

–Me alegro, quiero que lo pases bien. Te lo mereces. Eres una magnífica persona, además, dicen que es la ciudad del amor y nosotros estamos enamorados.

Violeta lo abrazó muy emocionada y sus labios se fundieron en uno solo. Sus bocas entrelazadas estuvieron besándose prolongadamente.

La pareja se olvidó de Nazira en aquellos momentos, un recuerdo del pasado que no debería de atormentarles. No le darían importancia, seguramente fue todo un cúmulo de circunstancias, quizás ese vehículo que había estado parado cerca de la casa de la madre de Salam estaba en ese lugar por otros motivos. París, al fin y al cabo era una de las ciudades de Europa que más turistas recibía a lo largo del año. Muchos intereses económicos del mundo giraban alrededor de esa urbe. No era de extrañar que países ricos como Dubái tuviera negocios y sus gentes deambularan por sus calles.

Desde el coche, a lo lejos, con unos prismáticos observaban a la pareja.

–Vaya par de tortolitos, no saben lo que les espera. Bueno, tú decides hermano. ¿Qué quieres que les hagamos? –dijo uno de ellos.

–Yo raptaría a la chica y a él le daría candela.

–No es mala idea. Mataríamos dos pájaros de un tiro, nunca mejor dicho. Cobraríamos una vez realizado el trabajo de la señora y por otro lado, sacaríamos otra buena tajada por el secuestro. Va a ser muy fácil, están solos y no tienen ni idea de lo que se les viene encima. Únicamente nos queda buscar un sitio para retenerla.

Varios días habían pasado desde que Christian mantuvo la última

conversación con el príncipe Salam.

En la investigación que llevaba hasta entonces un par de datos de momento tenía claro, que eran dos hombres corpulentos de tez morena y que la matrícula correspondía al Emirato. Empezaría por este segundo, tuvo que echar mano otra vez de un enlace para averiguar más cosas. Se llamaba Catherine, vivía en París y era experta en informática. Trabajaba de forma autónoma y por encargo. Así que la llamó.

–Sí, dígame.

–Catherine, ¿eres tú?

–¿Quién es usted?

–Soy Christian.

–Hola. ¡Cuánto tiempo! ¿Cómo te va la vida? ¿Estás bien?

–No me va mal, pero seguro que a ti te va mejor. Escucha, quisiera hablar contigo. ¿Dónde nos podemos ver?

–¡Qué peligro tienes! Que te parece en café Esterina en Saint–Louis en una hora. Aprovechamos y tomamos un expreso italiano y unos helados Berthillon. Ya sabes que me encantan.

–Yo pago, ahí nos vemos.

En el establecimiento había conexión a Internet y Catherine llevaba su portátil de trabajo con una PDA enchufada a un USB. Con un programa hecho por ella se introdujo en varias bases de datos oficiales, para ello utilizaba una IP imaginaria para no ser localizada.

Trabajaba siempre en el límite de lo legal e ilegal y en una de esas le condonaron la pena gracias a que se prestó para colaborar con la policía para que pudiera ser detenido un delincuente cibernético muy peligroso que estaba atentando diariamente contra su gobierno ocasionando innumerables perjuicios a la seguridad del país.

Después de unos minutos localizó un número de tarjeta y un nombre de un súbdito francés afincado en Dubái. Con ese medio de pago se abonó el alquiler del vehículo. En un recuadro al margen figuraba el domicilio de esa persona en París. Toda esa información se la envió a un correo electrónico que momentos antes había creado para Christian y de ese modo la tendría disponible, seguidamente borró toda huella que indicara su intrusión en la red

y apagó todos los aparatos.

No esperó más, una vez que se despidió de la informática cogió su coche y se fue a localizar a esa persona.

Con sigilo aparcó dos calles antes y cerró el vehículo. A continuación sacó un periódico y fue paseando por la acera, se colocó disimulando detrás de una parada de autobús mientras hacía ver a los demás que estaba leyendo la prensa. Observaba la vivienda en la distancia. Se dio cuenta entonces que el turismo en cuestión se encontraba estacionado al lado de un contenedor de basura. Se acercó y la matrícula coincidía con la que le habían proporcionado.

Dejó caer el periódico y al agacharse a recogerlo con disimulo colocó un localizador en los bajos del coche. La cobertura alcanzaba diez kilómetros y de esa manera los tendría debidamente vigilados.

No se preocupó de más, se alejó del lugar y llamó al investigador para que acumulara más información sobre esos individuos.

El detective se trasladó a la calle que le dijo Christian y aparcó la furgoneta de cristales tintados camuflada que tenía para esos fines. Procuró dejarla de forma prudente para no ser detectado. Se aprovisionó de comida y agua ya que no sabía el tiempo que le iba a ocupar. Enfocó la cámara fotográfica dirigiéndola al coche y esperó a que aparecieran.

Capítulo 7

El doctor Mauro leía el requerimiento de la citación del hospital. Apenas en un mes debía incorporarse a su antiguo empleo, de no llevarlo a cabo perdería la plaza que tanto le había costado conseguir.

Acercándose la noche, unos momentos antes de servir la cena, aparecieron unos jóvenes armados interrumpiendo violentamente en la sala del hospital. A trompicones, empujaron y golpearon a todo aquel que encontraban en su camino. Una ráfaga de disparos surcaron el cielo y una algarabía de gritos e insultos se escucharon de fondo.

El médico se apresuró inmediatamente para interesarse por lo que estaba ocurriendo. De golpe y porrazo, una culata de una AK 47 impactó en su hombro, lo que hizo que trastabillara y cayera al suelo. Por suerte, le dio de refilón y únicamente le produjo un hematoma sin más consecuencias.

Al levantar la mirada observó a su agresor que le estaba apuntando con el arma. Advirtió que todos eran menores, no tendría ninguno más de 15 años. Niños soldados que seguramente fueron secuestrados de sus familias y reclutados a la fuerza.

–¿Cómo te llamas? –dijo el joven.

–Me llamo Mauro.

–¿Quién eres?

–Soy el médico de campaña.

–Ya, bueno, venimos a por el dinero. Así que tenéis cinco minutos para reunirlos.

En ese momento llegó la enfermera Alike. El niño y la mujer se conocían.

–¡Ahmid! ¿Qué haces aquí? ¿Por qué vas armado? –dijo la sanitaria.

Hacía tiempo que no sabía del muchacho. El pequeño fue ingresado en el pasado en aquel hospital debido a una grave enfermedad que contrajo al beber agua en malas condiciones. Sufrió diarreas, deshidratación y fiebre alta, su vida pendió de un hilo. La enfermera con los pocos medios que contaba y con todo su empeño evitó que pereciera. El niño, una vez recuperado, al ver el esfuerzo de la sanitaria por haberle salvado la vida le dio las gracias y muy emocionado regresó a la aldea con sus padres. Desde entonces ya no le había vuelto a ver.

Ahmid bajó el arma e indicó al resto que hiciera lo mismo. Agachó los brazos e hizo un gesto de incredulidad. Seguidamente abandonó el AK47 y se abrazó a Alika. Los dos cogidos de la mano se apartaron del resto y salieron al pasillo. Unas lágrimas le brotaron a través de sus mejillas mientras le relataba que días después de estar en el poblado un grupo de mercenarios lo había raptado. La sanitaria, emocionada también, lo atrajo hacia ella y lo abrazó para que se tranquilizara.

Tras desahogarse y sentirse arropado por todas aquellas personas el joven reunió a todos sus compañeros y les propuso una idea. La compartió después con Alika y al doctor Mauro le pareció perfecto. Los chavales recibirían comida, alojamiento y afecto a cambio de ayudar en el hospital.

El año de excedencia transcurrió muy rápidamente, apenas fue consciente de ello. Le daba pena dejar su actual trabajo, mas tenía que cumplir con sus obligaciones en Dubái.

Decidió reunir a todos los empleados cuando acabó la jornada laboral. Les explicó los acontecimientos surgidos aunque les garantizó a todos ellos que el pequeño centro sanitario seguiría en funcionamiento. Se había puesto en contacto con la ONG y en pocos días llegaría su sustituto, también les dejó claro que las promesas que les hizo en cuanto a las ayudas en manutención se cumplirían.

Se despidió de todo el personal muy emocionado con lágrimas en los ojos porque sabía que una parte de su persona se quedaba en ese lugar.

Nazira estaba intranquila en su despacho del edificio Lassí en Dubái. Dentro, en su oficina, de pie a través de un ventanal contemplaba desde una octava planta un ir y venir de personas que transitaban por Sahek Zayed

road, una de las carreteras más importantes que cruzaban el emirato de un lado a otro de la ciudad. Abstraída en sus pensamientos el rencor se apoderaba de ella.

–Ese insolente lo pagará caro –murmuraba para sus adentros.

Decidió tomarse el resto del día libre al ser la dueña de su propio negocio y optó por bajar por el ascensor al aparcamiento del edificio. Se subió en su Maserati descapotable de color rojo y se dirigió a la zona de boutiques modernas de la ciudad.

En el centro comercial Dubái Mall visitó varios establecimientos de lujo, se compró un bolso, unos zapatos y varios vestidos gastándose 15.000 euros, calderilla para ella, dado que era una mujer acaudalada.

Después se marchó a un lugar de masajes de alto standing, únicamente los socios tenían permitida la entrada.

–Buenos días señorita –le dijo el gerente del establecimiento.

–Hola, quiero lo de siempre y por favor, que me atienda François.

–Por supuesto, no hay problema.

En unos segundos apareció el hombre elegido, el mismo que en otras ocasiones le había proporcionado tanto placer.

La sala espaciosa era muy acogedora. Estaba la camilla en la zona central y en un lado del habitáculo la bañera de hidromasaje llena hasta arriba de agua salada a una temperatura agradable.

Velas encendidas iluminaban la estancia colocadas en varias estanterías colocadas al efecto.

Cremas, ungüentos, sales y una música relajante se escuchaba de fondo. Detrás de un biombo la mujer se retiraba el vestido y se desposeía de su ropa interior. A continuación excitada como estaba se tumbó en la camilla.

Cerró los ojos y se centró en el masaje suave que le proporcionaba François. La embadurnó con sus manos con aceite de argán y comenzó a masajearle los hombros y la espalda.

La piel se le erizaba por momentos y la libido se le estaba despertando. Nazira levantó el brazo para que parase con la fricción y se dio la vuelta.

El hombre sabía lo que ella quería. Ya la había tratado en otras ocasiones,

así que se dispuso a estimular muy suavemente sus zonas erógenas.

Cuando ya no pudo más se contuvo para no llegar tan rápido y al observar que François también estaba excitado se levantó y lo acompañó al jacuzzi. Le hizo sentarse dentro de la bañera y a horcajadas se colocó encima. Poseída por el descontrol comenzó a moverse de manera salvaje hasta que llegaron al orgasmo.

Mauro volaba en un avión de África World Airlines camino de Dubái. El viaje duró cinco horas, medio dormido en el asiento recordaba sus momentos más emotivos en Uganda, sobre todo la de aquellos chavales que asaltaron el hospital, pero que luego sirvió para que se reconciliaran con el mundo y básicamente con ellos mismos.

Demasiada pobreza extrema y lo peor de todo era que el mundo se desentendía de aquello. Si no hubiera sido porque peligraba su puesto de trabajo en el hospital seguramente se habría quedado más tiempo ya que realmente aquello le llenaba por dentro. Contribuyó en lo que pudo, pero sabía que su esfuerzo había sido como un granito en la arena.

La azafata en esos momentos indicaba por megafonía a los pasajeros que se colocaran los cinturones de seguridad dado que se estaban acercando al aeropuerto internacional del Emirato Árabe.

El avión aterrizó finalmente en la terminal tres, una de las más grandes del mundo. Una pista expresamente diseñada para el Airbus A380, a pesar de la gran inversión económica, no era tan fácil abandonar dicho aeropuerto, tuvo que armarse de paciencia hasta que pudo llegar a la parada de taxis y coger uno de ellos. Su intención era llegar cuanto antes al centro hospitalario y entrevistarse con el gerente para incorporarse lo antes posible.

Silvia salía del hotel, finalizado su turno de trabajo andaba con prisas porque llegaba tarde a su cita con la peluquera y apurando un semáforo en ámbar colisionó con un taxi con la mala suerte de quedar conmocionada en medio del cruce.

Por suerte, tanto el taxista como Mauro resultaron ilesos. Inmediatamente el médico socorrió a la herida. Se dio cuenta que era una chica joven bien parecida y que no presentaba a simple vista heridas externas, pero no descartaba una hemorragia interna porque el choque había sido bastante

violento.

Le prestó los primeros auxilios hasta que llegó la unidad paramédica. Una pareja policial instruyó el accidente de circulación.

Mauro conocía al médico de emergencias de sus años de estudiante y como pertenecía también al mismo hospital se subió y acompañó a la lesionada dentro de la misma ambulancia, antes ya le había pagado el trayecto al taxista que se quedó en el lugar compareciendo ante la autoridad.

Durante el viaje Silvia recuperó el conocimiento y Mauro la tranquilizó explicándole lo sucedido. Le pareció muy dulce y llena de encanto. Por otro lado, ella se llevó una grata impresión del médico, sus ojos azules le resaltaban su cara, ya de por sí muy atractiva.

Sintió a pesar de los pequeños dolores producidos por el accidente un pequeño flechazo en su corazón que le hizo sonreír.

–¡Es increíble! –dijo el doctor–. La primera vez que veo que una mujer después de un traumatismo se alegra. Eso es bueno, no cabe duda. ¿Cómo me dijo que se llamaba?

–Silvia.

–Estupendo, yo me llamo Mauro. Mire, no se preocupe, ahora en el hospital le harán un chequeo para descartar posibles complicaciones, pero en principio yo la veo bien, salvo la pequeña conmoción.

Ella no decía nada, dejaba que el médico hablara, no sabía si era por el golpe o por lo bien que se expresaba o por lo guapo que era, la cuestión es que estaba anonadada, no le había sucedido nunca. Esa persona le aportaba serenidad.

En unos minutos llegaron al centro hospitalario y la atendieron en la sección de urgencias. Tras tenerla en observación y encontrarla en buen estado le dieron el alta.

–Hola otra vez. ¿Cómo se encuentra? –le dijo Mauro en la zona de salida del hospital.

–Bien, me han dicho que no tengo nada y que me puedo marchar a casa. Lo que ocurre es que estoy un tanto abrumada, mis padres no están porque han salido de viaje, pero no pasa nada, cogeré un taxi y me acostaré un rato.

–De eso ni hablar, si me permite la voy a acompañar en uno de los coches

de cortesía que disponemos para los pacientes. No se lo he dicho, pero trabajo en este hospital. Es mi primer día, bueno vengo de una excedencia y hoy me incorporaba.

–Pues vaya entrada y todo por mi culpa, lo siento, no quisiera molestarle más, voy a parar un taxi y ...

–Que no, que no es ninguna molestia, además, me interesa saber algo más de usted, tendré que dar cuenta al seguro del taxista. ¡Es una broma! Venga suba que la llevo.

–Está bien, gracias –dijo ella.

Una vez en su casa, Mauro le dejó su número de teléfono particular por si surgía algún contratiempo y Silvia muy amablemente se lo agradeció, después se despidió de ella y se marchó.

Se tumbó en la cama porque quería descansar, pero algo la intranquilizaba por dentro, sentía mariposas en el estómago. Era más mayor que ella pero le gustaba. Tenía un encanto especial.

–Quizás el accidente no fuera una coincidencia –se decía–. Las casualidades no existían sino el destino que quiso que se encontraran.

–¡Qué boba soy! Es más, en mí se va a fijar, no tendrá otra cosa que hacer más importante, sólo ha sido amable conmigo.

Al cabo de un instante cerró los ojos y se durmió.

Capítulo 8

Después de disfrutar de la velada en el barco turístico decidieron que era hora de recogerse, subieron a un taxi y regresaron a la villa. Era ya de noche y todos estaban dormidos. Salam y Violeta subieron a la habitación.

No se sentían cansados y como eran jóvenes y llenos de vitalidad decidieron hacer el amor.

–Quiero que me poseas –le dijo ella en un tono serio cargado de excitación.

–No, quiero que seas tú quien lleve la iniciativa, me atrae mucho tu perseverancia.

–¡Tonto! Vale, como quieras.

Salam vigilaba los movimientos de Violeta mientras ella le susurraba al oído y le indicaba que le desabrochara el vestido. La espalda quedó al descubierto, una piel espléndidamente bronceada le esculpía su lindo cuerpo. La prenda cayó al suelo. Se dio la vuelta y la contempló con deseo.

Unas medias negras altas muy sexys decoradas con pequeños detalles y un corsé de tirantes con encajes a juego con un tanga del mismo color completaban su físico.

Por más que quiso no pudo contenerse, se levantó y la cogió con rapidez. Su miembro viril le aprisionó las nalgas.

Violeta le quitó la chaqueta y la camisa de algodón. Su bello torso quedó al descubierto, ella lo acarició y palpó tiernamente sus pezones.

Se inclinó de rodillas y le bajó los pantalones dejándolo solamente con el bóxer ajustado.

El príncipe se desprendió de la prenda y entonces lo observó muy

detenidamente. Su erección era latente y descomunal.

La pareja de forma muy sensual se abrazó. Ambos se arrullaban y dejaban volar sus sentimientos.

Se acostaron finalmente en la cama y prosiguieron el arte amatorio. Salam lamía sus pechos y con sus manos le frotaba delicadamente sus muslos. Ella mientras tanto avivaba la pasión de su amor acariciándole su sexo.

Violeta al sentir que los dos estaban ya lo suficientemente acalorados se subió y lo poseyó con tesón. Disfrutaron mucho del acto sexual hasta llegar al éxtasis.

–¿Te ha gustado cariño? –le dijo Violeta.

–Claro. Cada vez nos llevamos mejor. Tendremos que pensar en vivir juntos. Te quiero, tú ya lo sabes y no puedo estar sin ti.

–Eres un cielo, a mí también me gustaría, pero apenas llevo trabajando tres meses en Dubái. Me tengo que acostumbrar. Es algo distinto a España. Sobre todo vuestras tradiciones que son algo ancestrales.

–Bueno, del trabajo no te preocupes, lo estás haciendo muy bien, me lo ha dicho el propio gerente, que ya sabes que es amigo mío. Además, tú misma me los has dicho en varias ocasiones, te llevas de maravilla con tus compañeros y tus propios pacientes. En cuanto a lo otro, tienes razón, somos un país valedor de nuestra historia, pero cada vez nos modernizamos más. También en España ocurren hechos o acontecimientos un tanto confusos para el entendimiento humano, pero bueno, por otro lado, cada nación tiene unas vivencias muy particulares que hacen que se les diferencie de otros países. ¡Qué monótono sería si todos fuéramos iguales!

–Mirándolo así es verdad –dijo Violeta. Si lo piensas, lo importante es respetarnos unos a otros para entenderse y conseguir una buena convivencia.

–Sabias palabras –dijo el príncipe.

El detective llevaba dentro de la furgoneta algo más de ocho horas y comenzaba a sentir molestias musculares. Todavía recordaba cuando estudió la especialidad de Ciencias policiales en seguridad y cuando le otorgaron la licencia para poder ejercer. Fueron años de estudiante nada que ver con la realidad. En ese preciso momento observó andando a los dos individuos de

tez morena.

Llegaron a la altura del coche, mientras uno lo abría, el otro miraba a un lado y a otro. Era evidente que algo tramaban.

La cámara rápidamente filmó la instantánea, más de treinta fotografías quedaron grabadas.

El detective había concluido su trabajo. Aprovechó ese momento y por email le envió las grabaciones a Christian.

La información llegó al cabo de unos segundos. Le agradeció el servicio prestado ingresándole en la cuenta de su banco sus honorarios. Seguidamente encendió la aplicación de acercamiento que tenía en su celular y fue observando la dirección que habían tomado.

Le pareció ver que se dirigían hacia la parte sur de París, donde se encontraba la residencia de la madre de Salam. Sin pensarlo dos veces lo llamó.

–Sí, dígame.

–Hola, soy Christian. Présteme atención. ¿Dónde se encuentra en estos momentos?

–Estamos todos en casa. ¿Por qué?

–Escúcheme. La vivienda es segura, personalmente lo estuve comprobando, a no ser que abran la puerta. Pues bien, van a cerrarla bien por dentro con la llave echada y colocarán también el pasador de acero blindado que tienen. Bajen todas las persianas, pero no del todo, dejen que pase algo de luz y corran las cortinas. No se asomen a las ventanas y no enciendan la luz. Con tranquilidad suben todos a la planta superior y se tumban en el suelo sobre la alfombra. Usted tiene a mano su móvil y cuando haya pasado todo yo le llamaré y me abrirá la puerta. Mientras tanto, aunque llamen al timbre ni se les ocurra abrir. ¿Conforme?

–Sí ...

–Vale, he conseguido identificar la amenaza, son dos hombres y en estos momentos van en coche hacia la casa. No se alarme, tengo un plan.

–Ya, pero ...

–No tiene de qué preocuparse, hágame caso. Sé lo que hago. ¿Alguna pregunta?

–No.

Christian llegó relativamente pronto ya que estaba alojado en un hotel próximo. Estacionó debidamente su vehículo, se puso unos guantes y se escondió detrás de unos matorrales frente a un pequeño jardín.

Transcurridos unos minutos apareció el coche. Dio una pasada hasta llegar al final de la calle y después volvió. Había un hueco libre y aparcaron. Pasados unos segundos se apearon del turismo.

Estaba anocheciendo y la vía prácticamente se encontraba desierta. Los dos matones se dirigieron hacia un pequeño murete y disimulando encendieron unos cigarrillos. Christian no les quitaba ojo de encima, se dio cuenta que tenían abultado el costado derecho de la chaqueta, significaba que iban armados.

Una vez que acabaron de fumar tiraron las colillas al suelo y se encaminaron al portal de la casa, uno de ellos se apartó del campo visual de la mirilla y el otro pulsó el timbre. Estaba claro, pretendían entrar.

Christian le envió un sms al príncipe indicándole que los agresores estaban en la entrada y que eran ellos los que llamaban. Que no se les ocurriera abrir y que siguieran con el plan acordado. Pasados unos segundos Salam le contestaba dándole la conformidad.

Al ver que nadie les abría la puerta se separaron. Uno de ellos giró por la derecha y el otro intentó subir por un pequeño saliente.

El primero de ellos nada más girar se llevó un derechazo en toda la cara que acabó con sus huesos en el suelo, tal fue el golpe recibido que quedó aturdido por completo. Enseguida Christian le colocó unas bridas sujetándole las manos y los pies fuertemente para después taponarle la boca con un pañuelo.

El guardaespaldas observó un contenedor de basura vacío y lo introdujo dentro.

–Uno menos –dijo para sus adentros.

–¡Assad contesta! ¿Te ha pasado algo? –decía Maissé tras haber escuchado un fuerte ruido.

Christian sacó del bolsillo un pequeño artilugio que guardaba de sus tiempos en el ejército, con aquella cerbatana se había abastecido en diferentes ocasiones de comida en la jungla de Belice. Decidió que sería buena idea

volverla a utilizar.

Tenía varios dardos caseros que él mismo había preparado para la ocasión, colocó uno de ellos.

Maissé notó algo punzante en su espalda, le estaba provocando escozor y un dolor que le paralizó las extremidades. A continuación cayó al suelo.

–Segundo pájaro cazado –dijo Christian asegurándolo y colocándolo en el mismo lugar que su compinche.

Miró alrededor suyo por si algún vecino se había percatado de lo ocurrido y comprobó que nadie se había dado cuenta. Entonces llamó por teléfono a Salam y le abrió la puerta.

–¡Christian! ¿Qué ha pasado? –le manifestó algo contrariado el príncipe.

–Nada, todo controlado, los gallos en el gallinero.

–¡Cómo!

–Que los que venían a por usted están a buen recaudo. Problema resuelto. Bueno, lo que voy a hacer ahora es ponerlo en manos de la policía aunque desde otro punto de vista. No se tiene que inquietar, yo me encargo de todo.

–Ya, pero ...

–Que no se preocupe, a partir de ahora a disfrutar de su estancia en esta bella ciudad y como si no hubiese pasado nada. Yo me despido de ustedes y hasta siempre.

–Señor Christian, le estamos muy agradecidos por su eficacia y aquí tiene a un amigo para lo que haga falta.

Ahora le tocaba empujar el contenedor y reubicarlo en otro lugar a efectos de que cuando viniese la policía no lo relacionara con la familia de Salam. Lo sustituyó por otro que había dos calles más abajo en un lugar alejado cercano a un descampado.

Se puso un pasamontañas negro para ocultar su rostro y abrió el contenedor, todavía seguían inconscientes, aprovechó para coger sus carteras y fotografiar con su móvil sus carnets de identidad y sus tarjetas de crédito. También anotó la agenda de contactos realizando un borrado total a los teléfonos y los inutilizó.

Al cachearlos comprobó que llevaban dos pistolas y tomó buena nota de

sus números de serie. Seguidamente las ubicó dentro del contenedor. Abrió una botella de agua y la dejó caer sobre las cabezas de los matones.

En pocos segundos recobraron la conciencia.

–Llamarme como queráis, solo deseo que colaboréis, podemos hacerlo de dos maneras, por las buenas o por las malas, vosotros elegís. En el primer caso yo os hago unas preguntas y vosotros contestáis. Luego vendrá la poli y os detendrá por portar armas de fuego, únicamente por eso, omitiremos lo demás. En el segundo caso, si no colaboráis como es debido, no tendré más remedio que aquí mismo tomar una medida drástica contra vosotros.

Assad y Maissé estaban atemorizados, sus vidas pendían de un hilo, habían sido sorprendidos por un peligroso desconocido y decidieron cooperar.

Christian quedó satisfecho. Les volvió a tapar la boca con el pañuelo y dejó la tapa medio abierta del contenedor para que pudieran respirar.

Minutos más tarde hizo acto de presencia una patrulla de policías franceses que se quedaron sorprendidos al verlos en tales circunstancias.

Quedaron detenidos por la tenencia de armas y también porque pesaban dos requisitorias de varios juzgados que estaban interesados en localizarlos por presuntos delitos de coacciones y amenazas. Los agentes del orden hicieron varias pesquisas en la zona, pero no encontraron nada que los pudiera relacionar. Ellos tampoco quisieron declarar ante el juez, así que fueron trasladados al día siguiente a la prisión del condado.

El asunto que le había llevado a París estaba zanjado en buena parte, pero algo le decía que no del todo. Debería esperar próximos acontecimientos. Christian había cumplido con su tarea, mas no deseaba todavía marcharse de la ciudad. Discretamente se mantendría cercano.

Degustar la mejor paella valenciana en pareja era ideal en un sitio tan especial como el restaurante "El Español". Quedaba poco para que regresaran a sus obligaciones y había que celebrarlo con una buena comida en honor a su procedencia.

No había previsto que hubieran conocidos de su ciudad en la mesa de al lado. La sorpresa fue de lo más casual, su ex pareja Javier y su compañera Carol, la impresentable amiga que le quitó a su novio por aquel entonces.

En un principio no se dieron cuenta y Violeta intentaba disimular, pero al final las presentaciones y los saludos por simple cortesía no faltaron para no guardarse rencor y quedar como amigos. Era lo que tocaba en ese momento y sin hacer drama, pues ella ya se había olvidado por completo de esa relación que no le trajo más que problemas y no le aportó nada bueno. Violeta muchas veces se preguntaba cómo había aguantado tanto tiempo a su lado con tantas decepciones acumuladas.

Las preguntas de Salam no se hicieron esperar y tuvo que contarle toda la historia. Ella agradeció con el tiempo esa ruptura porque debido a ello pudo conocer al príncipe y sentirse realizada con total libertad.

Siguieron saboreando de aquella paella deliciosa, la pidieron mixta, como a ella le gustaba, con sus mariscos y sabor a mediterráneo.

Vivir el día y no pensar en cosas del pasado que no llevaban a ninguna parte era lo mejor. Fuera rencillas y más positividad para hacer la vida más fácil. Su amor estaba de acuerdo con ella, disfrutar de las pequeñas cosas que la vida les daba, atesorando los momentos más preciados, significaba la paz y la tranquilidad de hacer las cosas bien.

Capítulo 9

Mauro atendía en su consulta a un paciente que recientemente había sido intervenido. Mientras leía el historial médico su teléfono empezó a vibrar.

–Sí, dígame.

–Soy el supervisor. ¿Usted atendió ayer a una chica llamada Silvia por un accidente de tráfico?

–Sí. ¿Por qué?

–Nada, que se dejó su cartera y la tenemos en objetos perdidos.

–Vaya, no pasa nada. Si le parece bien, cuando termine mi turno de trabajo, como sé dónde vive, yo mismo se la acerco.

–De acuerdo, gracias.

–No hay de qué.

El doctor a mediodía acabó su jornada laboral, se cambió de ropa, se subió a su coche y fue a la casa de Silvia. Llamó al timbre y le abrió la puerta.

Ella no se esperaba verlo tan pronto, le dio un sobresalto el corazón, no entendía el motivo de la visita. El médico pareció verla sorprendida y entonces se lo explicó.

–Buenos días señorita. No se alarme, no ocurre nada, al parecer por olvido se dejó su cartera en el hospital y he venido a entregársela.

–¡Oh! ¡Qué bien! No me había dado cuenta. Se lo agradezco. Últimamente la cabeza la tengo en otro lado.

–Ya, bueno, pues nada, ahí la tiene.

Silvia antes de despedirse dudaba en invitarle a entrar, pero no quería ser tampoco una desagradecida, le dio paso y le dijo:

–¡Entre! Por lo menos se toma algo, hoy hace bastante calor y seguro que tiene sed.

–La verdad que sí, estoy sediento, esta mañana cuando me he levantado estábamos a veinticinco grados y seguro que ahora rebasamos los treinta y cinco.

Silvia se alegró y él también del ofrecimiento, aquella joven le caía bien, era guapa e inteligente. Cualidades que difícilmente se encontraban, además, poseía algo especial. Esa mujer lo atraía como un imán, desde que la había conocido no hacía más que pensar en ella. Iba más allá del interés médico–paciente. Su físico también imponía.

Dentro de la casa los dos estaban algo nerviosos, ella porque nunca había estado a solas con un hombre en la casa de sus padres y Mauro pensaba si a lo mejor estaba abusando de su hospitalidad.

Mientras hablaban de trivialidades de la ciudad y del país, el bote de refresco de cola que se estaba bebiendo el médico se cayó al suelo, no sin antes extenderse por toda la pierna, una gran mancha oscura surgió sobre el blanco del pantalón.

–¡Qué inútil soy! Lo he puesto todo perdido, disculpe, no era mi intención –exclamó Mauro.

–Tranquilo, ahora voy y lo limpio. No se preocupe, más ha perdido usted.

–Es verdad, vaya. ¡Cómo tengo el pantalón!

Entonces los dos encontraron graciosas las palabras y comenzaron a reírse. Cuando dejaron de hacerlo sus ojos se encontraron y como algo superior a ellos sus cuerpos al unísono se acercaron.

Mauro acarició con su mano la cara de Silvia y después muy lentamente le dio un beso en los labios de forma inesperada.

–Llámame Mauro – le indicó en voz baja para seguir besándola al mismo tiempo que la sujetaba por la cintura y la atraía hacia él.

Silvia anonadada tenía delante a un hombre muy apuesto y al parecer él también estaba fascinado por ella.

–Un momento. ¿Tienes novia o estás casado? –le dijo con preocupación.

–No, estoy soltero y no tengo pareja.

–Pues entonces continuemos –le dijo ella mientras se abalanzaba sobre Mauro cortándole la respiración.

En esos momentos, en plena actuación amorosa, unas llaves abrían la puerta de la estancia. Eran los padres de Silvia que regresaban del viaje de fin de semana.

Unos y otros improvisaron una cara de sorpresa. Un momento de silencio permaneció en el ambiente hasta que fue quebrado por la madre de Silvia.

–¿Nos hemos perdido algo? –preguntó en voz alta.

–No mamá, es el doctor, bueno es una historia un tanto larga de contar. Sentaos, os lo voy a explicar.

Sus padres dejaron las maletas en un rincón del salón y atentos escucharon a su hija, con las cosas aclaradas los cuatro salieron al porche a tomar el sol bajo el toldo colocado a tal efecto. Al principio, Mauro estaba algo sonrojado por la situación, pero poco a poco fue tranquilizándose y acabó llevándose bien con la familia de Silvia.

El doctor era también español, no tenía hermanos y había nacido en Madrid.

–¡Mauro! –le decía Silvia–. Somos almas gemelas en muchos aspectos.

–Parece ser que sí –contestó el médico–. Ahora me tengo que ir, espero volver a verte y gracias por el refrigerio, hoy ha hecho mucho calor ... –contestó el médico guiñándole uno de sus ojos a Silvia como un acto de complicidad para después despedirse amablemente de sus padres.

Mientras conducía de regreso a su domicilio no paraba de darle vueltas a la cabeza, todos sus pensamientos giraban alrededor de la chica. Era tan bella y además, ganaba aún más como persona. No podía desaprovechar la oportunidad de conocerla. En consecuencia y sin pensarlo dos veces le hizo una llamada a su móvil.

–Sí, dígame.

–Soy yo otra vez. Perdona que te moleste, ya sé que nos hemos visto hace un rato, pero me gustaría verte esta noche. ¿Qué te parece? Igual te parezco un poco pelma, pero no es esa mi intención, bueno, a lo mejor sí, es como si se me hubiera encendido algo en el cuerpo que hasta ahora tenía apagado. No me había pasado nunca.

Silvia se quedó paralizada, no sabía que responder, sí que lo sabía, pero era tal la sorpresa que se quedó en blanco.

–¡Perdona! ¿Estás ahí? –le decía Mauro.

–Sí, vale.

–Paso a recogerte a las nueve. Hoy pago yo si no te importa. ¿Te parece bien?

–De acuerdo.

Silvia se quedó pensativa. Las palabras que había escuchado la habían emocionado. Era como una declaración de amor. A ella también le había pasado algo parecido.

–Sería un flechazo –se preguntó.

Repentinamente subió a su habitación para ver lo que podría ponerse para esa noche, algo sexy y elegante debía de ser. Buscó en el perchero de su armario y se colocó un vestido color burdeos y unos zapatos de tacón a juego. Se observó en el espejo, estaba fantástica, a pesar que dos días antes había tenido un percance de tráfico.

A la hora acordada llegó Mauro, llamó al timbre y salió Silvia. El doctor se quedó maravillado, la chica estaba estupenda.

–Hola. ¡Qué tal! –dijo Silvia.

–Muy bien. ¡Qué guapa estás!

–Gracias. Si sigues por ahí me voy a sonrojar.

–Lo digo porque es verdad. ¡Ven! ¡Vamos al coche! Tengo una mesa reservada para dos en un restaurante. Ya verás. Te va a encantar.

Después de transcurridos treinta minutos llegaron al lugar. El botones del hotel de 7 estrellas Burj Al Arab les recibió y más tarde les estacionó el coche.

–¡Madre mía! –dijo Silvia. ¿Dónde me has traído? Te va a costar un ojo de la cara. ¡Te has vuelto loco!

–Pues no lo sé. Quizás. Es una broma. Tranquila. Conozco al dueño. Es un paciente mío y me llevo muy bien con él. Me ha hecho un precio especial. No te lo pienses, vamos dentro y a disfrutar de sus exquisiteces.

Entraron y tuvieron que subir por una escalera mecánica. Silvia estaba

asombrada, observaba sin cesar el acuario gigante que les envolvía, cristaleras enormes llenas de agua repletas de toda clase de peces que los miraban a medida que se desplazaban a la primera planta.

El restaurante marino tenía vida propia. El agua cristalina quedaba reflejada en aquellas mesas.

Sentados uno frente al otro contemplaban todo lo que les rodeaba. Una luz azul tenue simulaba el color del mar en ese ambiente tan tranquilizador.

Ahí se encontraban los dos, cenando y bebiendo un buen vino español. Silvia saboreaba una langosta que momentos antes había elegido entre otras que habían en un acuario de crustáceos. Mauro saboreaba unos trozos de atún rojo que ese mismo día habían enviado desde Japón.

Una ensalada de frutos rojos con dátiles del desierto, frivolidades y canapés marinos de primera calidad ocupaban la mesa.

Cuando acabaron con toda esa comida tomaron de postre un mousse de chocolate con adornos laminados de oro dulce.

La velada fue maravillosa y seguramente la recordarían por muchos años.

Después de la cena se marcharon del restaurante y Mauro la acompañó a que presenciara el espectáculo de fuentes más grande del mundo. La fuente de Dubái. Cinco fuentes circulares llenas de chorros de agua con multitud de colores, música y un sinfín de figuras difícilmente inigualables.

Situada a los pies del edificio más alto del mundo, el Burj Khalifa, el show era gratuito, duraba alrededor de tres minutos y se repetía cada media hora. Una diversión que valía la pena visitar bajo esa noche estrellada.

–¡Mauro! Estoy impresionada. Me has llevado a dos sitios magníficos. No sé si estoy enamorada de ti todavía, pero sí que sé que me gustas, siento que hay algo en ti que me cautiva profundamente.

–A mí me pasa lo mismo, no sé si voy demasiado deprisa o no, pero quiero hacerlo y deseo que este momento feliz no se acabe.

Acto seguido se acercó a ella, la sujetó fuertemente y la besó apasionadamente. Se subieron al coche y la llevó a su casa. Entraron en el apartamento de Mauro. Era pequeño, pero muy acogedor. Ella se fijó que estaba todo muy limpio y en su sitio. Toda una vivienda de soltero.

–No sé si me creerás, pero es la primera vez que traigo a una chica. Te

invito a un Gin– Tonic, ¿quieres?

–Claro.

Mauro le sirvió la copa y le puso música romántica de Nat King Cole. Con la canción "Love" se pusieron a bailar cogidos de la cintura y muy pegados. En silencio, cuando acabó la canción, se dirigieron a la habitación.

–Si no quieres, no pasa nada, lo comprendo, es la primera noche –le decía Mauro.

–Sí que quiero, te deseo –le dijo Silvia.

Ella se tumbó en la cama y él se acostó a su lado mientras se desnudaban. La besó y la acarició muy lentamente.

Silvia estiró el brazo y cogió fuertemente el sexo de Mauro atrayéndolo hacia ella. Ya no pudo contenerse más, se colocó encima y la penetró. Silvia lo notaba dentro de su cuerpo, no quiso ser meramente contemplativa y también se movió con tesón.

En silencio culminaron el acto, sus caras lo decían todo, estaban enamorados y llenos de felicidad.

Capítulo 10

Nazira no tenía noticias de Assad y Maissé, intentó ponerse en contacto con ellos a través del móvil en varias ocasiones pero no obtuvo respuesta.

Quizás la hubieran engañado aunque esa posibilidad la descartaba. Ya llegaron al acuerdo que si no realizaban el trabajo no cobrarían a pesar de estar el dinero depositado en una cuenta en el extranjero. En última instancia Nazira debía de dar el consentimiento para que ellos pudieran percibir la gratificación.

No le quedaba otra opción que contratar los servicios de otra persona. Le habían hablado de un tal Leonardo, un sicario italiano que visitaba de vez en cuando Dubái.

Contactó con él a través de una página web de servicios donde se anunciaba como exterminador de plagas. Llegaron a un acuerdo económico, el primer pago por adelantado en una cuenta en Italia y el segundo cuando finalizara la operación. Le mandó a través de un email información sobre Salam y Violeta, también en un archivo adjunto las fotografías de ambos.

Lo que no sabía Nazira es que Leonardo estaba siendo rastreado por la policía y dos agentes italianos de la Interpol, Julio y Aitana, tenían interés en detenerlo.

Una alerta se disparó en el programa de localización de Leonardo en la Prefectura Central en Roma. Por fin, tras unos meses de letargo algo hizo levantar la liebre.

El agua caía a plomo, la temperatura había bajado varios grados y la espera estaba resultando un poco engorrosa. Pocos eran los que a esas horas de la noche transitaban por la calle.

El vaho impedía la observación a través del cristal del coche. Julio constantemente lo limpiaba con un pañuelo. Era una zona alejada del centro de Roma, pero habitada por personas con recursos.

–Cariño, ¿somos los jefes de la sección de investigación criminal o me lo parece? –dijo Aitana a su esposo y compañero de profesión.

–Creo que sí, a no ser que nos hayan destituido y no nos hayamos enterado. ¿Por qué?

–Hombre, realizamos servicios que realmente deberían hacer otros. ¿No crees?

–Sí, pero ya sabes, la cabra siempre tira al monte.

–Eres un poco bestia, o sea, que me comparas con un animal. ¿Dónde está ese hombre que conocí en la universidad, tan cariñoso y servicial? ¿Por qué me casé contigo?

–Porque no te pudiste resistir. Sabes que te quiero y que lo daría todo por ti. Además, ¿dónde ibas a encontrar a un hombre tan simpático como yo?

–Desde luego ... en fin ... sí que tienes labia sí. Lo malo es que es eso lo que me fascina de ti. Las mujeres queremos de los hombres atención, mimos y otras cosas.

–Eso último significa sexo, ¿verdad?

–A ver, ya me extrañaba que no te saliera esa vena tuya de ... ¡Grggr! – moviendo Aitana los dedos de la mano imitando el gruñido y la zarpa de un león.

–Querida, podemos seguir así toda la noche, la verdad que es divertido, pero nuestro hombre se nos escapa.

Un individuo salía de un portal y se encaminaba por la acera con aire distraído. Mostraba felicidad en el semblante. Seguramente porque momentos antes se había deleitado con Alessandra, su amante.

Giordano sucumbía cada vez que la veía debido a su atractivo. Era una ninfa del amor, una mujer extraordinariamente exuberante. Sabía explotar su encanto, pero también era informante de los carabinieri. Por eso, tanto Aitana como Julio estaban alertados.

Mientras andaba se lamía los labios pensando como esa mujer le había hecho el amor. Momentos antes su sensualidad pecaminosa lo tuvo

hipnotizado al contemplarla con esa escultural belleza. Sus prominentes pechos le golpeaban una y otra vez y ese balancín pausado le estremecía su cuerpo. Cada vez que se hallaba con ella tenía una experiencia inolvidable, sus caricias, sus jadeos lo envolvían en un halo de inusitada delicia.

Ensimismado en sus pensamientos no se dio cuenta que lo estaban observando. Se había olvidado por completo que la policía le seguía el rastro.

Al volver la esquina, unas manos lo sujetaron del hombro, lo introdujeron en un portal y lo detuvieron.

Aitana tenía el día libre, se lo había ganado después de haber estado junto con su marido esperando más de seis horas dentro del coche a ese tal Giordano. El plantón había merecido la pena porque al final habían conseguido detenerlo y por un tiempo estaría fuera de las calles.

Ella se había quedado en casa preparando la comida mientras que Julio había salido a solucionar unos problemas burocráticos a la gendarmería.

Aitana ocupaba el cargo de Comisaria y su marido de Inspector Jefe. Ambos trabajaban en las mismas dependencias y además pertenecían a la INTERPOL (la mayor organización de policía internacional con 192 países miembros).

Fueron novios en el instituto y después dejaron de serlo al ingresar en la universidad. Con el tiempo, al cabo de muchos años, coincidieron en un pueblo italiano llamado Santo Carletto, una banda de malhechores se había adueñado de la voluntad de la población amenazando y coaccionando a sus habitantes.

Sin saber uno del otro durante un largo tiempo se vieron las caras al intervenir en un asunto policial.

Julio llegó a casa y saludó a su mujer dándole un beso.

–¡Qué bien huele! –dijo él, abrazándola con entusiasmo.

–¡Julio! ¡Vas hacer que me caiga! Te he preparado unos raviolis. ¿Qué te parece? Es tu plato favorito.

–Lo sé, cariño, gracias. Siéntate en la mesa, vamos a comer que tengo que contarte una cosa que te va a interesar. Parece ser que alguien ha contratado a nuestro amigo Leonardo.

–¡Qué me dices!

–Pues sí. Precisamente ayer. Nos ha informado hoy por la mañana la sede central de información.

–Vaya, a ver si por fin le podemos echar el guante. Llevamos demasiado tiempo detrás de ese individuo. Lo que me gusta de este caso es que vamos a poder trabajar de lleno otra vez los dos juntos, como en la operación Santo Carletto. Nos salió redondo. En parte a ti, amor.

–Mira que eres modesta, tú fuiste quien planeó todo el operativo para poder dismantelar esa banda.

–Vale, amor, lo conseguimos los dos.

Inmediatamente después disfrutaron saboreando la espléndida comida que había preparado Aitana.

Leonardo se frotaba las manos en casa, hacía tiempo que no lo contrataban, la última vez no salieron bien las cosas y tuvo que desaparecer del mapa durante una buena temporada.

Se mantuvo en el anonimato durante varios meses para que se olvidaran e hizo una vida muy normal no metiéndose en líos y saliendo poco de casa. Este nuevo trabajo le iba a proporcionar bastante dinero, seguramente podría trasladarse a vivir a otro país alejado de Italia y pasar desapercibido.

Descargó a través del correo electrónico las fotos de la pareja y el lugar donde se encontraban en París.

Debía de ser rápido, al parecer en tres o cuatro días regresarían a Dubái y sería más difícil atentar contra ellos porque les protegerían sus escoltas. Ese mismo día compró un billete de avión y voló a la capital parisina.

En ese mismo vuelo, dos pasajeros más iban al mismo destino, en asientos distintos, pero sin perderle detalle, lo estaban observando.

Una vez en París, Leonardo se subió a un taxi y lo trasladó a una calle próxima a la residencia de la madre de Salam, se bajó y paseando estuvo espiándola. Llevaba consigo un bastón, tenía ya memorizada la cara del príncipe, únicamente le faltaba llevar a cabo su propósito.

Había ideado un mecanismo que acoplaba a la punta del garrote y funcionaba como una jeringuilla, pulsando un botón en la parte superior y al contacto con la piel inyectaba un líquido mortal.

–¡Aitana! ¿Qué te parece el amigo? –le expresaba Julio.

–Pues no sé, la verdad que ha sido rápido. Vigila el lugar como un felino cuando busca su presa, al parecer la mujer que lo ha contratado mantuvo una relación amorosa con Salam y al romper con ella le guarda rencor y desea hacerle daño. En la casa viven dos mujeres; la madre y su tía. También un niño, amén del propio príncipe y su novia.

–Ya, pero no podemos actuar todavía, debemos cogerlo con las manos en la masa, si lo hiciéramos antes, quizás estaría poco entre rejas.

El sicario se metió en un bar que tenía enfrente y eligió una mesa que daba a la plaza donde controlaba a la gente. Mientras comía levantaba la cabeza y observaba. Un vehículo paró en esos momentos, bajaron Salam y Violeta, inmediatamente entraron en la casa.

Leonardo acabó de comer y salió a la calle. Se situó esta vez más cerca de la vivienda y esperó a ver si salía el príncipe. La idea era sorprenderlo y con disimulo golpearle con la punta del bastón.

La pareja de policías no le quitaba el ojo de encima, lo habían estudiado durante bastante tiempo y la garrota que portaba les parecía sospechosa porque podría utilizarla contra Salam.

Un tercer actor iba a participar en aquella escena. Andando por la acera Christian se acercaba a Leonardo.

–Buenos días señor. ¿Tiene fuego?

–No fumo.

–Vaya, qué lástima, claro, disculpe –dijo Christian un tanto suspicaz.

En esos momentos salían Salam y Violeta, Leonardo se giró y se dirigió hacia ellos. Christian supo que esa persona tramaba algo, entonces cuando estaba a escasos metros levantó el bastón para propinarle un golpe al príncipe. Christian se interpuso y evitó que lo alcanzara.

Julio y Aitana fueron velozmente para poder dar alcance al homicida. Todo había ocurrido demasiado deprisa.

Leonardo había vuelto a fracasar otra vez, aquel imbécil se había inmiscuido y había dado al traste con todo. No podía ser descubierto, el bastón se había roto como consecuencia del golpe y debía huir, ya habría otra ocasión para concluir su trabajo. A lo lejos escuchaba a una pareja decir

"Policía, policía ..." No se lo pensó dos veces y se marchó.

Christian recibió la sacudida, gracias a Dios no le dio de lleno y la punta envenenada no se le clavó, aunque cayó al suelo y se dislocó el tobillo. Dentro de lo malo evitó daños mayores.

Julio y Aitana perdieron de vista a Leonardo, volvieron tras sus pasos y se identificaron ante el príncipe y observaron a un hombre caído en el suelo.

–¡Vaya!, así que son policías, pues menos mal –dijo Christian.

–No se ponga de esa manera, se nos ha escapado por poco –expresó Julio.

–Ya, ya, bueno, yo me llamo Christian y este señor se llama Salam y ella Violeta. Soy amigo de ellos y velo por su seguridad.

–Sí, sabemos quiénes son pero no sabíamos de usted. Por cierto, ¿Cómo se encuentra?

–Yo bien, con una venda Tensoplast arreglado. No se preocupen. Me sé cuidar por mí mismo.

–La verdad que ha estado formidable, ha evitado la agresión. ¿A qué se dedica?

–Es una larga historia. Lo importante es que mientras esta pareja se encuentre en París yo tengo que hacer lo posible para prevenirles ante cualquier amenaza. Me ha contratado una persona cercana a la familia y en eso estoy. Me dedico a la seguridad privada. Esta es mi licencia.

–Vamos a llamar a una ambulancia –comentó el príncipe.

–No es necesario. Me incorporan y me llevan a su casa, con una venda elástica tengo suficiente.

–Ya, pero habrá que llamar a un médico para que le vea la pierna –dijo Aitana.

–No hace falta, no tengo nada roto. Es una simple torcedura.

Una vez en la residencia de Salam todos se relajaron y charlaron de lo sucedido.

–¿No sabían de ese hombre que quería causarles daño, verdad? –dijo Julio.

–Realmente no, hace dos días que sí que lo intentaron dos matones, pero Christian al igual que hoy los neutralizó. Pensábamos que la amenaza había

desaparecido. Bueno, Christian parece ser que no. En cualquier caso, gracias también a ustedes porque el hombre al escuchar sus gritos se asustó y se marchó.

–No hay de qué –indicó Aitana. La verdad que tenemos que pedirles excusas. Todo ha ido muy rápido. Nuestra intención era entrevistarnos antes con ustedes, pero ya lo han visto, no nos ha dado tiempo. Lo importante de todo es que no se ha salido con la suya, no obstante, puede volver a intentarlo.

–Maldita mujer –indicó el príncipe.

–Tranquilo, de ella se encargará la policía de Dubái. Nos pondremos en contacto con ellos para que la detengan lo antes posible.

Christian se ajustó el vendaje elástico en la pierna como le habían enseñado en su época castrense y pudo ponerse de pie.

–Ya estoy listo otra vez. ¡Lo que hacen estas vendas! A ver, mi experiencia me dice que esta persona volverá a actuar sí o sí. Debemos de elaborar un plan para evitar más encontronazos con él y por otro lado, detenerlo. Me imagino que por eso están ustedes dos en París. ¿Estoy en lo cierto?

–Sí. Leonardo es una prioridad para nosotros, llevamos mucho tiempo tras él.

–Vale, pues manos a la obra, como dirían en mi pueblo.

Christian se alojó en casa de Salam ese día, hizo una lista de productos cosméticos e hizo una llamada de teléfono para que un repartidor se los hiciera llegar. La idea era imitar al propio príncipe. Tenían un cierto parecido, por tanto, estuvo ensayando su forma de andar. Se probó uno de sus trajes y se coloreó la tez de una tonalidad más acorde con la del príncipe. Seguidamente como tenía el pelo largo se hizo un corte también para asemejarse más todavía a Salam.

Capítulo 11

Julio y Aitana se hospedaron en un hotel cercano. Bajaron al restaurante y cenaron tranquilamente. Intercambiaron opiniones sobre lo que había sucedido y cómo habían diseñado el organigrama para capturar a Leonardo.

Una vez acabaron de comer se marcharon a la habitación. Ella fue a darse una ducha. Cuando salió llevaba puesta una toalla.

–Aitana, te deseo, estás fantástica. Lo mejor que hice fue casarme contigo.

–No estás cansado, estoy muerta. Hoy ha sido un día bastante duro. Ahora bien, es muy bonito lo que has dicho.

–Es la verdad, tú lo sabes. ¡Ven!

Ella se acercó y Julio la envolvió con sus brazos, muy sutilmente le retiró la toalla que llevaba puesta y observó su elegante belleza.

Julio se desvistió hasta que se quedó desnudo. La pareja se levantó y quedaron de pie inmóviles estudiándose sus cuerpos. De pronto comenzaron a acariciarse mutuamente. Ella rozaba con sus dedos los pezones de Julio, jugaba con ellos, en cambio él masajeara sus senos con suavidad. Aitana comprobó su fuerza viril del todo satisfecha.

Julio se arrodilló y se colocó a la altura del vello púbico de Aitana. Lo contempló con entusiasmo y lo saboreó muy delicadamente. Ella se estremeció. Sujetó la cabeza de Julio y lo aprisionó más todavía sobre su pelvis.

Los cuerpos gratamente excitados decidieron unirse en uno solo y se tendieron en la cama. Las sábanas empezaron a impregnarse de sudor y de sexo. Una sombra de pasión los envolvía en aquella habitación.

Julio flexionaba sus brazos apoyados en el cabezal de la cama mientras su miembro se introducía dentro de ella. Las piernas de Aitana lo envolvían de

tal manera que le obligaban una y otra vez a seguir moviéndose.

Atrapados en una amalgama de sentimientos encontrados sus sentidos les hacían contraer todos sus músculos. Julio intentaba liberarse, pero Aitana no deseaba desprenderse. La pareja estimulada por el amor y la pasión enardecían las emociones.

Los jadeos, las contracciones, todo hacía presagiar que el momento se acercaba. La respiración acelerada, sus corazones bombeando a toda velocidad provocaba la satisfacción sexual. El orgasmo llegaba a su fin en un deleite pasional.

En Dubái, dos agentes de paisano se personaron en el domicilio de Nazira tras identificarse como policías, ella les dejó entrar.

–Señorita, venimos comisionados por la Jefatura de Policía. Estamos investigando unos sucesos a petición de la Interpol.

–¿Qué tiene que ver eso conmigo? –dijo Nazira.

–Pues por eso estamos aquí. A ver si lo podemos aclarar. Tenemos indicios suficientes para poder incriminarla, pero queremos saber hasta dónde está usted implicada. Podemos hacerlo por las buenas o por las malas.

–¿Qué me quieren decir?

–Que si colabora no hará falta detenerla. Nos acompaña a comisaría. Presta declaración, si lo desea con su abogado, si todo es convincente y no hay ningún hecho que la pueda imputar pues podrá volver a su casa.

Nazira se quedó pensativa, no se esperaba esa inesperada visita, así que disimulando y haciéndoles creer que iba a la cocina a por un vaso de agua abrió una ventana que daba a un patio de luces y se escapó.

Los agentes al ver que no regresaba se temieron lo peor y entonces se dieron cuenta que se había marchado por la parte de atrás de la vivienda.

Silvia acababa de levantarse, tenía el día libre, la noche pasada la había pasado con Mauro. Fue una experiencia inolvidable. Hizo el amor con él en su casa y disfrutó de lo lindo. Ese hombre lo tenía todo. Era guapo, sincero y cariñoso. Mientras desayunaba en la cocina sonó el móvil.

–Hola, buenos días, soy su médico. ¿Cómo se encuentra mi paciente particular?

–¡Mauro! ¡Hola!

–He pensado si te gustaría pasar la tarde conmigo. Podríamos visitar la ciudad y salir a tomar algo.

–No sé. ¿Qué me ofreces?

–Un poco de todo. Algo de turismo, quizás, una visita gastronómica, pero sobre todo compañía.

–¡Qué dulce eres!

–Sí, la verdad que eso me dicen todas.

–¡Qué!

–Es una broma. Sabes que me gustas y mucho.

Pasó a por Silvia y la recogió en su coche.

–Espero que te agrade la excursión. Igual ya lo conoces, incluso vale la pena volverlo a ver. Seguramente es el único sitio en el mundo donde se puede observar un puerto náutico rodeado de rascacielos –dijo Mauro.

–No lo he llegado a visitar, pero me han dicho que es una pasada ... ¿Es el Dubái Marina, verdad?

–Sí, eso es.

Llegaron a una zona de estacionamiento y aparcaron el coche. Después salieron del vehículo y se encaminaron por el largo paseo. Estaba anocheciendo y los elevados edificios comenzaron a iluminarse al igual que el puerto. Era precioso, grandes yates, la mayoría de lujo, abarcaban la bocana portuaria. Mucha gente paseaba a esas horas del día presenciando ese lugar inimaginable.

Un conglomerado de personas practicando deporte, terrazas de verano abarrotadas, personas a luz de la luna en paz y armonía observando cuanto les rodeaba.

El canal artificial de tres kilómetros y medio de longitud permitía el acceso al mar desde sus dos extremos. Rascacielos formados por torres residenciales, hoteles de cinco estrellas y restaurantes con una gran diversidad de platos de cocina. Dubái Marina Mall era el centro comercial por excelencia de ese

lugar, más de ciento cincuenta tiendas ofrecían todo tipo de artículos.

Seguidamente se deleitaron con una expedición por mar en un barco realizando un recorrido de dos horas por los canales hasta llegar al tronco de la Palmera Jumeirah. La isla artificial más famosa de los Emiratos Árabes. Les sirvieron una cena buffet que incluía ensalada, pasta, carne y pescado. Todo amenizado con una danza local llamada "Tamoura", un baile donde un danzarín descalzo, provisto de ropa multicolor y un gorro y una falda circular se movía al compás de violines y flautas ejecutando vueltas y vueltas canalizando la energía que fluía en el ambiente.

Capítulo 12

Leonardo consiguió escabullirse, era la segunda vez que sus planes quedaban frustrados. Fue una trampa, al parecer lo estaban esperando. Se había equivocado, pensaba que se habían olvidado de él.

Con desaliento llegó al motel donde estaba alojado y se encerró en la habitación. Se quedó meditando pensando que hacer en los próximos días. Barajaba dos opciones; salir pitando o esperar a que las cosas se tranquilizaran y acabar el trabajo.

Su mente viajó al pasado, hijo de una familia modesta, pero criado en un barrio marginal de Roma y con escasas oportunidades su vida fugazmente se desvió del camino y acabó siendo un delincuente.

Durante un tiempo le salieron bien las cosas, pero tanto fue el cántaro a la fuente que al final se rompió y fue derecho a la cárcel, en ese lugar, lejos de reinsertarse se radicalizó todavía más.

Se dio cuenta que el cerco cada vez se estrechaba más. Era consciente de ello. Disponía de documentación falsa y su intención final sería perderse por unos años en Sudamérica, quizás México o Brasil, por ser lugares densamente poblados y con pocos tratados de extradición, pero para ello necesitaba dinero y por lo tanto, debía de terminar lo que había empezado.

El siguiente paso sería idear un plan para conseguir acabar con la vida de ese príncipe teniendo en cuenta que ciertas personas lo estaban protegiendo. Lo tenía claro, esperaría tenerlo cerca y le dispararía a bocajarro con la pistola Beretta con silenciador.

Christian se había repuesto totalmente de la lesión, tenía que pasar a la acción, se camufló con la vestimenta de Salam y debajo se colocó un chaleco antibalas, mientras tanto, Julio se posicionó en uno de los tejados de una casa próxima. Con unos prismáticos divisaba perfectamente toda la vía. Con un pinganillo sujeto al oído le informaba a Christian de lo que observaba a su alrededor. El príncipe y su familia se mantenían escondidos en casa a expensas de lo que pudiera ocurrir después.

Aitana también estaba pendiente de las comunicaciones. Ubicada en un callejón y con el arma preparada estaba atenta a todo lo que se acercaba.

El momento había llegado. Christian salió a dar un paseo, se arriesgaba, lo sabía, pero si querían darle caza debía de hacerlo. Llevaba unas gafas de sol con cristales de espejo para que no le vieran los ojos y así, de esa forma, con el rabillo del ojo lo visionaría todo mejor. Estaba entrenado, de hecho era una práctica de observación que utilizaba en la jungla para prevenir el acoso del enemigo.

Andando por la acera no detectaba a ningún sospechoso. La mayoría eran jóvenes y personas mayores que discurrían por esas calles. Llevaba más de treinta minutos suplantando al príncipe cuando súbitamente escuchó la voz de Julio.

–Detrás de ti, a cien metros, persona que podría ser la que buscamos – escuchó Christian.

–No te gires, sigue caminando, pero acelera el paso. De esa manera podremos saber si es o no es.

–Ya lo he visto –dijo Aitana. Me voy a colocar en su ángulo muerto, así no me verá.

–Tranquilo, no os anticipéis, está todo bajo control. Me voy a parar –les dijo a la pareja de policías.

En ese preciso instante el individuo también se detuvo en seco.

–Escuchar, sujeto parado. Atentos, repito, sujeto parado. A cuarenta metros. Introduce la mano dentro de la chaqueta. Alerta, repito, alerta.

–Estoy cerca de él. ¿Queréis que lo atrape? –preguntó Aitana.

–Negativo. Todavía no –le dijo Christian. Si se da cuenta lo volveremos a perder. Dejar que se acerque. No temáis por mí. Sé lo que me hago. Mi vida depende de ello.

El sicario vio la oportunidad, era raro que Salam anduviera solo, seguramente habrían pensado que había huido del país. Se habían equivocado y no debía perder la ocasión.

–Morirá por la espalda –se dijo Leonardo.

Cuando lo tenía a escasos metros un coche de policía con los prioritarios puestos que se dirigía a una emergencia evitó el disparo.

–Este tío está teniendo demasiada suerte, pero se le va a acabar pronto –se decía.

Christian reanudó la marcha, continuó y entró en una cafetería.

–Buenos días, ¿me sirve un café? –le dijo al camarero.

–Claro, como no.

–¿Dónde está el baño?

–Al final del pasillo a la derecha.

–Gracias.

Al mismo tiempo por el auricular le informaba Julio que el sospechoso

entraba también.

–Ok. Gracias. El cebo está echado y solo queda que pique –le respondió Christian– mientras escudriñaba el habitáculo y se dirigía a los aseos.

El sicario pidió un whisky, se sentó en una mesa y observó a los clientes. Al no ver al príncipe se imaginó que había ido al servicio. Se levantó tras dar un buen trago y fue directo a los aseos.

Sujetó el pomo y abrió la puerta con la pistola en la mano, le había colocado un silenciador diminuto para que nadie escuchara el disparo. Bruscamente, detrás de un recoveco y sin darle tiempo para reaccionar, una sombra le propinó un fuerte golpe en la mano que hizo que el arma cayera al suelo. Casi en el mismo instante, con la mano cerrada, un puño se incrustó en la sien de Leonardo. El testarazo recibido le provocó tal conmoción que la luz de sus ojos se desvaneció y todo su cuerpo cayó inerte al suelo.

Christian tuvo que utilizar dos contundentes golpes para evitar que el sospechoso se pudiera revolver y complicar la operación. Temió por su vida, por eso lo primero que hizo fue comprobar que respiraba aunque con cierta dificultad.

Con la ley en la mano y con todas las pruebas que habían conseguido en su contra, una larga, pero larguísima estancia le esperaba en la cárcel.

–Todo arreglado, cambio y corto –les dijo Christian a través del pinganillo.

–Estamos entrando –le contestaron.

Momentos después, una vez cacheado e identificado, lo esposaron y lo introdujeron en el coche camuflado de Julio y Aitana trasladándolo inmediatamente a la comisaría del distrito.

Todo se tramitó para que quedara como que ellos lo habían detenido. No interesaba que Christian figurara en el atestado dado que era un civil y tendría que dar demasiadas explicaciones.

En dos ocasiones habían intentado atentar contra su vida y ella, o sea, Nazira, estaba en paradero desconocido. Recordó que cuando estaban juntos por cualquier motivo discutían y entonces desaparecía 2 o 3 días. Cayó en la cuenta que se refugiaba en un barco que tenía atracado en el puerto náutico. Como una niña pequeña se encerraba y no deseaba hablar con nadie. No había madurado lo suficiente y unido a su mal carácter y al desprecio por la gente motivó que se distanciaran definitivamente.

El príncipe tenía que dar por zanjado el tema de una vez por todas. A través de su celular llamó al comisario jefe del Emirato.

–Sí, dígame. ¿Quién es?

–Soy Salam, querido amigo, hacía mucho tiempo que no escuchaba tu voz. ¿Qué tiempo hace por ahí?

–Hombre, señor. Pues muy buen tiempo. ¿Cómo se encuentra? ¿Por dónde anda?

–Todavía sigo en París y quería preguntarte si sabías algo de Nazira, ya me han dicho que al parecer intentasteis localizarla y se dio a la fuga.

–Así es y de momento no damos con ella. Fuimos para interrogarla, pero la muy canalla se lo olió y huyó por la parte de atrás de su casa, de todas maneras eso no hace más que afianzar más nuestras sospechas. Está implicada y seguramente es la artífice de todo.

–Sí, me lo imaginaba, por eso quería hablar contigo. Posiblemente sepa donde pueda estar.

–Soy todo oídos –dijo el comisario.

Unidades policiales de operaciones especiales "ROMBO" se estaban dirigiendo al lugar. A escasamente 300 metros de la embarcación, dos grupos compuestos por 5 agentes estaban tomando posiciones. Era noche cerrada, a esa hora de la madrugada todos dormían.

El primer pelotón cubrió la retaguardia y el segundo se acercó hasta que se repartieron alrededor del amarre. Todos iban armados con pistolas Glock y subfusiles de asalto MP5.

Durante varios minutos se mantuvieron sigilosos y atentos a cualquier ruido que pudiera provenir del barco. Mediante un detector térmico se comprobó que una persona se encontraba en el interior y al parecer estaba acostada, ya que se encontraba inmóvil. Enseguida subieron por la popa y abrieron la puerta que daba al interior sorprendiendo a la mujer durmiendo en la cama. En un abrir y cerrar de ojos la detuvieron mientras le leyeron sus derechos.

La mente humana es un misterio, las personas con sus defectos y virtudes forman parte del reino animal y a veces, ese pequeño monstruo que llevamos dentro despierta, explota y comete barbaridades.

Todavía no comprendía Salam lo que les ocurrió con ese tal Mohamed Sar en Dubái al poco de conocer a Violeta cuando intentó también atentar varias veces contra ellos. El rencor, la intransigencia, la sinrazón, ¿fueron verdaderamente los motivos para llevar a cabo tales acciones? Recordó que no únicamente sus vidas estuvieron en peligro sino también las de sus escoltas y sobre todo la del pequeño Alí.

La semana de vacaciones en París, salvo los primeros días, fue un sinvivir. Los continuos ataques a su persona que había sufrido por parte de malhechores contratados por Nazira le habían ocasionado múltiples contratiempos y ya no solamente a su persona sino también a su amada Violeta que no se lo merecía en absoluto. Gracias tendría que darle a Christian y a esa pareja de policías que velaron por ellos. En un futuro no muy lejano debería de recompensarles.

En esos momentos de reflexión apareció como un ángel caído su querida Violeta.

–Hola preciosa. ¿Cómo estás? Te veo pensativa. ¿Qué te preocupa?

–Ahora ya nada –le dijo mientras tímidamente lo acercaba con sus brazos y le daba un beso de bienvenida al saber que Nazira estaba presa–. Te voy a decir una cosa que deseaba decírtela desde hace mucho tiempo. Posees muchas cualidades pero indiscutiblemente la que más me atrae es tu valentía. Tienes una fuerza interior que te hace superar todos los obstáculos en la vida. Si te caes te levantas y si te equivocas reparas el error inmediatamente. He tenido mucha suerte en conocerte y no quiero perderte.

El príncipe emocionado al igual que ella dejó correr unas lágrimas y se abrazaron muy efusivamente. Al cabo de un rato Salam le dijo:

–Yo sí que he tenido suerte contigo. Nos compenetramos estupendamente y eso es fundamental en una relación. Lo que no nos puede, nos hace más fuerte. Esta noche iremos a un lugar que te va a encantar. Es hora de disfrutar.

Salam y Violeta esperaban sentados a esas horas de la noche a que les sirvieran. Deseaban ver el espectáculo. En cualquier momento comenzaría. Una agradable camarera les tomó nota para la cena mientras depositaba una botella de champagne Moët & Chandon en la mesa.

El recinto era inigualable. Una tonalidad roja embellecía el ambiente. El decorado con colores vivos y muy detallista lo hacía único.

El "Moulin Rouge", el Molino Rojo sobresalía por su espectáculo tan bien realizado. Una compañía con más de 80 artistas, todos ellos equipados con trajes realmente bien esculpidos y formados con pedrería, plumas y lentejuelas con un diseño sinigual. Era imprescindible pasar para aquellos turistas que visitaban París.

Ese cabaret parisino tan conocido mundialmente alcanzaba ya sus 120 años de vida y todas las noches realizaba shows que dejaban boquiabiertas a las personas que iban a contemplarlas. Bailarinas, mujeres hermosas, algunas desnudando sus senos danzaban espléndidamente ante ese público que las aplaudía y jaleaba. Uno de los bailes que más les gustaba a esos espectadores era el "Cancán", donde se giraba sobre una pierna mientras se mantenían con la otra y también se levantaba la rodilla con la falda sostenida en lo alto al mismo tiempo que se realizaban gestos con los brazos y se realizaban patadas en el aire. La práctica de este baile incluía los gritos, chiflidos y trinos mientras se bailaba.

Violeta y el príncipe disfrutaron de lo lindo de la exhibición y seguramente la recordarían durante mucho tiempo.

La estancia en París había que darla por concluida, tenían que regresar a Dubái. La semana transcurrió sin más sobresaltos gracias a la actuación de Christian y a esa pareja de policías italianos que lograron neutralizar la amenaza que sobre ellos se cernía.

Salam se despidió de su hermano, de su madre y de su tía. Violeta quedó muy complacida con la acogida que le habían brindado y a partir de ese momento sería un miembro más de esa familia.

Capítulo 13

Dubái

Violeta había finalizado su jornada laboral. Tenía pensado llamar a su amiga Silvia para ver cómo le funcionaban las cosas, antes de trasladarse a París le había comentado que la tenían contratada en un hotel muy prestigioso de Dubái.

–Dígame –dijo Silvia.

–Soy yo, que no reconoces mi voz.

–Violeta, eres tú, apenas hace unos días que no nos vemos y ya te echo en falta. ¿Dónde estás?

–En Dubái. Llegué ayer. Si yo te contara. Toda una aventura.

–¿Y eso? Que no te lo has pasado bien. No me lo creo, si París es la ciudad del amor, del encanto y de la luz.

–Pues ha habido de todo. He disfrutado de lo lindo, pero también las he pasado canutas.

–¡Qué me dices! ¿Por qué no nos vemos? Yo también tengo que contarte algo –expresó Silvia.

–¡Vaya! ¿Suéltalo? –contestó Violeta.

–Es una sorpresa. Te lo diré cuando nos veamos.

Ese mismo día quedaron en una hamburguesería famosa en el centro de la ciudad. Nada más verse se abrazaron fuertemente y se dieron unos besos de bienvenida. Se sentaron en una de las mesas y pidieron unos menús para

merendar.

–Es curioso, todo empezó aquí, al final voy a tener que dar las gracias a los americanos, nunca sabe uno dónde va a parar –comentó Violeta.

–No te entiendo, ¿qué quieres decir?

–Que en una ocasión, en un tablón de anuncios de un "McDonald's" como este, en Valencia, vi la posibilidad de encontrar trabajo en Dubái.

–Ya, bueno, no te pongas nostálgica que tenemos que hablar de muchas cosas. ¿Quién empieza primero? –indicó Silvia.

–Tú.

–Vale, pues he conocido a un chico.

–¡No me digas!

–Sí, es muy guapo y si te digo cómo, no te lo vas a creer. A veces no hay mal que por bien no venga.

–¿Por qué dices eso?

–Porque fue en un accidente de tráfico. Yo estaba conduciendo, me salté un semáforo y colisioné con un taxi, afortunadamente no hubo heridos. Yo sufrí una pequeña conmoción, pero sin consecuencias, ahora ya me encuentro bien. El pasajero de ese taxi es hoy el amor de mi vida, además es español y médico. Estuvo durante un tiempo trabajando en el extranjero y ese día casualmente empezaba en el hospital. Es muy bueno conmigo y hemos congeniado de maravilla. Un amor a primera vista.

–Cuánto me alegro Silvia. Te lo mereces. Ahora ya lo tienes todo; una familia, un buen trabajo y al hombre de tu vida. ¿Tus padres ya lo conocen?

–Y tanto, prácticamente desde el primer día, nos pillaron en casa dándonos un beso.

–¡Qué! –musitó Violeta.

–Fue muy gracioso, aún me acuerdo de las caras que pusieron, por cierto, seréis compañeros de trabajo, porque está en el mismo hospital que tú. Tenemos que quedar las dos parejas y así nos conoceremos.

–Qué coincidencia todo, hay un proverbio muy antiguo que dice que el futuro está escrito. Claro que sí, seguro que nos llevaremos todos bien –expresó Violeta.

–¡Qué acaparadora soy! Solamente pienso en mí, todavía no te he preguntado por Salam. ¿Cómo está?

– Ahora estupendamente ...

–Hum ... lo dices como dudando. ¿Qué ha pasado en París?

Violeta le contó a grandes rasgos sus peripecias durante su estancia en la ciudad parisina. Silvia no daba crédito a las palabras de su amiga. Le parecía todo tan surrealista y a la vez peligroso. Era como leer una novela negra. Donde los malos intentaban hacerte daño y los buenos impedirlo. Menos mal que la historia acababa bien y los causantes terminaban todos en la cárcel.

Silvia mientras dejaba hablar a Violeta pensaba que a veces el amor no era tan fácil como parecía, podía complicarse y de qué manera. Ella se sentía agradecida con la vida y esperaba que así continuara.

Salam había preparado una velada inolvidable en su yate Enterprise, había decidido por fin pedirle la mano a Violeta, ya no podía esperar más y necesitaba oficializar la relación, después de su viaje a París no había dudas y el amor era lo que tenía, lo tomabas o lo dejabas.

La embarcación estaba iluminada de una forma especial y mágica, ya que la ocasión lo requería. El olor a rosas recién cortadas perfumaba el lugar y las velas centelleaban en la mesa con mucha elegancia y exquisitez.

El chofer estaba a punto de llegar con Violeta y deseaba que todo estuviese dispuesto para darle la sorpresa de pedida de mano, ella no se lo esperaba y la iba a sorprender de seguro.

El chef había cocinado un menú acorde a la ocasión, había preparado un postre maravilloso con esencia de violeta en honor a su futura esposa, su nombre tenía un significado de lo más romántico y anhelaba con toda la ilusión que ese día jamás quedara en el olvido.

Las vistas a la bahía de Dubái a esas horas de la noche eran impresionantes, la temperatura ambiental era perfecta. Le encantaban los preparativos y ya solo quedaba que estuviera todo a su gusto.

Violeta estaba nerviosa desde que le llegó el mensaje de su príncipe en un paquete exprés inesperado, al abrirlo y ver lo que contenía se quedó de piedra; el vestido y los complementos eran ideales y se veía como una diosa

griega.

El enigma pronto sería descubierto y estaba emocionada por saber que velada le tenía preparada y cuál sería su significado.

Ya en el coche y de camino al embarcadero los pensamientos no paraban de fluir por su cabeza, con recuerdos de pasión de un pasado no muy lejano que la hicieron cambiar de aires y conocer al hombre de su vida.

Todo era perfecto para la ocasión. Violeta había llegado con hermosura resplandeciente que lo dejó sin palabras. Salam no apartó la mirada en ningún momento, pretendía grabar la imagen en su retina de su luz y belleza de gran interior adictivo que enamoraba.

–Mi princesa, mi reina, mi diosa, eres lo mejor que me ha pasado y conocerte es un privilegio de armonía celestial, estás bellísima cariño y no sé si voy a poder contenerme hasta finalizar la cena sin hacerte mía en delirios de pasión.

Salam estaba increíble con su esmoquin de elegancia italiana que le sentaba como un guante y que le daba un porte de príncipe ideal. Su magnetismo era indudable y la tenía enamorada desde el primer día que lo vio, el flechazo fue de cuentos de hadas y lo recordaba como lo mejor que le había sucedido en mucho tiempo.

La cena fue exquisita, la mesa muy elegante con su toque romántico de ambiente acogedor. El cava rosé con el postre sorpresa de esencia de violeta la dejó sin palabras y su paladar se endulzó divinamente. Los labios de Salam sabían a gloria y la hicieron trasladar al paraíso.

–Violeta, necesito que me respondas y me mires a los ojos con total sinceridad –mientras le entregaba una cajita de terciopelo en forma de cofre.

–¡Ábrela por favor! –le dijo el príncipe.

Un anillo de hermosura sinigual brillaba a la luz de la luna con una piedra de corazón violeta con destellos de diamantes que parecían estrellas del firmamento que le hacían suspirar.

–¿Quieres casarte conmigo?

–Sí quiero amor mío, soy tuya y te necesito como al aire.

Una vez puesto el anillo se fundieron en un abrazo de beso espectacular que sirvió para sellar la unión en almas afines de esperanza e ilusión.

Un flechazo de amor inolvidable que sella sus corazones en brillante felicidad de unión verdadera y satisfacción personal.

FIN

Nota de los autores

Somos un matrimonio amantes de la lectura de esencia mediterránea que hemos decidido adentrarnos en el mundo de la autopublicación con historias de romance apasionadas y de acción.

Nuestra primera pequeña novela fue "Pasión en Dubái" y aquí les dejamos la continuación con enormes deseos de que les guste y disfruten de su lectura. La única finalidad que pretendemos es que pasen un momento entretenido con nuestros relatos.

Muchas gracias estimados lectores por leernos.

Más información en:

<http://libreandoconcristinapardo.blogspot.com.es/>

<https://es-es.facebook.com/LibreandoConCristinaPardo>

<https://plus.google.com/103568217511690113357/posts>

<https://twitter.com/CristinaPardoMa>

